EL COJO ILUSTRADO

Año I — 1º DE JUNIO DE 1892 — Nº 11

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . . B. 2

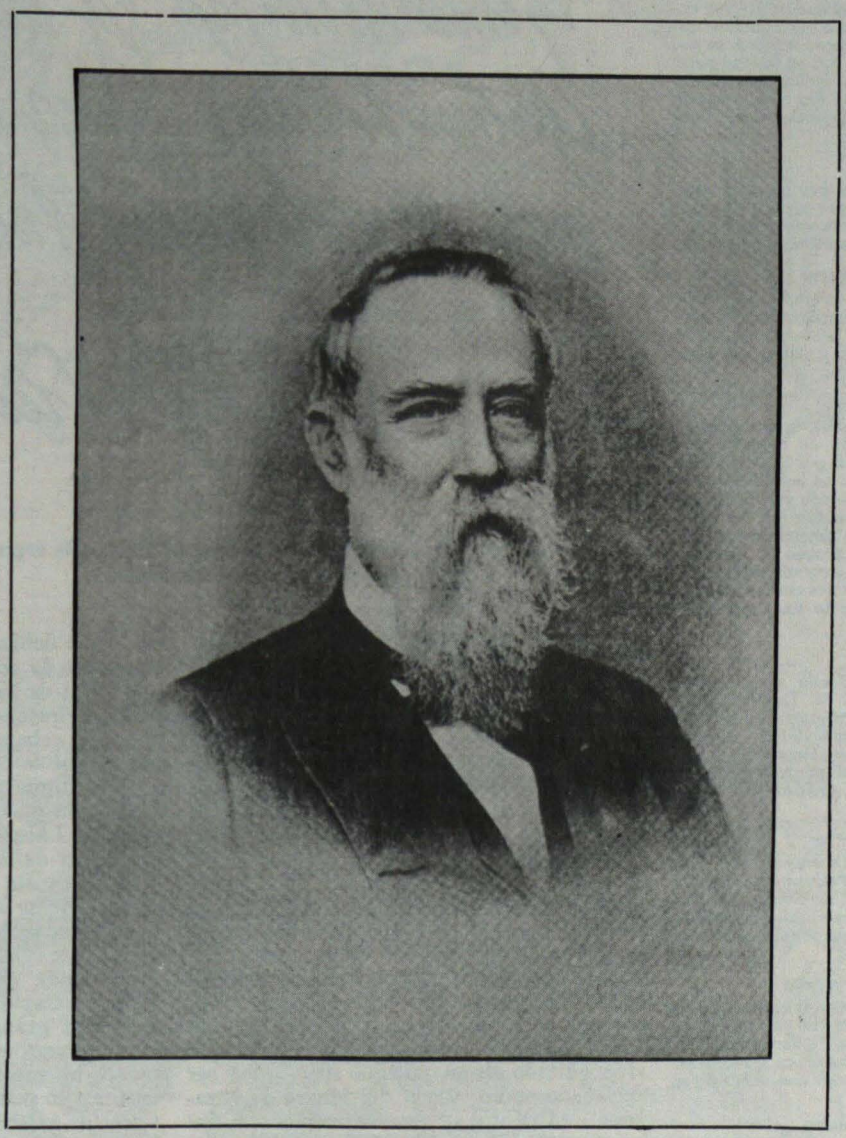
EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO – CARACAS – VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

SUMARIO

TEXTO.—H. L. Boulton.—NUESTROS GRABADOS.—*El Cuadro de Ntra. Señora de Caracas*, por Rugil.—*La Flor de Mayo*, por el Dr. A. Ernst.—*La Poesía*, por Domingo Ramón Hernández.—*Gonzalo Picón Febres*.—VARIA.—*Paisaje é Historia Eterna*, poesías, por Gonzalo Picón Febres.—*Consonancias encontradizas*, por E. Rivodó.—*La Flor del Almendro*, por Julio Calcaño.—*Una corrida de toros*, por Jesús María Sistiaga.—*Lo que va de ayer á hoy*, por Hércules.—*Receta*.—*Charadas y Solución*.—SUPLEMENTO.—*El Tocador*, por la Baronesa Staffe.—*La Alianza Francesa*.—*El Eucaliptus*, traducido de *La Nature*.—*Mnemotécnica*, Por Rugil.—*La perra de Parra*.—*Los porqué de la Señorita Susana*, por Emile Desbeaux.—*Su cara mitad*, novela escrita en inglés por F. Barret y traducida al castellano por Francisco Sellén.

GRABADOS.—*H. L. Boulton*, de fotografía.—*Autógrafo de Bismarck*.—*Ntra. Sra. de Caracas*, dibujo á la pluma por Rugil.—*Flor de Mayo*, de fotografía.—*La Poesía*, escultura de Delaplanche.—*Gonzalo Picón Febres*, de fotografía.—*Manuel F. Azpurúa*, de fotografía.—*Puerto de Ciudad Bolívar*, de fotografía.—*Una corrida de toros*, de fotografía.—*La Alameda de Ciudad Bolívar*, de fotografía.—*El Capitolio*, de fotografía.—*Trabajadores en un rancho*, de fotografía de Lessman.—*Tajamar de La Guaira*, de fotografía.—*Estación del Ferrocarril de La Guaira á Caracas*, de fotografía.—*La Charlatana*, danza por M. F. Azpurúa.—*El Puente de Hierro*, de fotografía.



H. L. BOULTON

Como homenaje de respeto, publicamos hoy el retrato de este caballero cabal y honorable comerciante que fué bienhechor en nuestra patria.

Hijo de padres ingleses, nació en la pintoresca ciudad de Maiquetía el 30 de diciembre de 1829, á la sazón que su progenitor ejercía en el vecino puerto de La Guaira el comercio en grande escala; siendo la casa mercantil que giraba bajo la firma de su padre, merecedora de la confianza pública, como es hoy la que fundó el finado señor BOULTON en esta ciudad y que con toda laboriosidad y honradez regentan sus hijos.

El nombre del señor BOULTON figuró siempre en toda asociación que de algún modo representara bien para nuestra patria; y toda empresa de progreso le tuvo de contínuo formando en primera línea y aprovechando los consejos de su experiencia, y de hombre de altas miras como financista.

Desempeñó por muchos años hasta su muerte el honroso cargo de cónsul de S. M. B. en Venezuela, con la absoluta aprobación, así de nuestro Gobierno como del de la Gran Bretaña; y ésto aun en medio de las penosísimas circunstancias que hoy alcanzamos á causa de la cuestión de límites con la Guayana inglesa, viéndose siempre al señor BOULTON inclinado á un arreglo honroso.

Uno de los méritos por que más se distinguió nuestro respetable amigo fué por el ejercicio constante del santo ministerio de la caridad; que lo practicó sin descanso y con profusión. Y así vimos que todas las lágrimas de miseria que enjugó durante su vida, fueron convertidas en santo rocío de gratitud, á regar su tumba y santificar su sepulcro que encierra el córazón de uno de los hombres de más generosa nobleza que hayan dado timbre á nuestra sociedad.

Paz á sus restos, y sean estas líneas sincero aunque humilde homenaje de recuerdo á sus virtudes.

NUESTROS GRABADOS

H. L. Boulton

Véase el esbozo que en la primera página publicamos de este miembro de nuestra sociedad, que bajó á la tumba acompañado de las bendiciones y el afecto de Caracas entera.

Autógrafo de Bismarck

¿Han de creer ustedes que uno de los dependientes de EL COJO es hombre que se cartea con el *canciller de hierro*? Pues sin más ni menos, he aquí que nos ha obsequiado nuestro amanuense con ese autógrafo que muchos hijos de Germania ambicionarían poseer. Los amantes de la *grafología* pueden comprobar en esas líneas duras, grandes y firmes, el carácter de acero de ese grande hombre.

Nuestra Señora de Caracas

Nuevo obsequio y muy valioso de nuestro ilustrado colaborador RUGÍL. Llamamos la atención hacia el artículo del mismo dibujante que se halla en esta página.

Flor de mayo

La competencia indiscutible del doctor ERNST en Historia Natural, y por cima de todo en Botánica en que es conocido y afamado en Europa, unida á su talento innegable de escritor artista, y á su bondad para con nosotros, ha dado por resultado el bello artículo que hoy publicamos, referente á la flor más preciada de nuestros jardines. Mucho agradecemos tan fino regalo al sabio amigo.

Poesía

Creemos que á la bella copia que hoy reproducimos de la escultura de Delaplanche, viene bien la composición titulada *Poesía* de nuestro laureado bardo Domingo Ramón Hernández que también publicamos.

Vistas de Ciudad Bolívar

Toda Venezuela es una sucesión indefinida de paisajes, y aun los puntos que por sus condiciones especiales deberían estar desprovistos de belleza, no carecen de ella; tales por ejemplo el muelle y alameda de Ciudad Bolívar que hoy publicamos.

Coleada de toros

Así como España tiene sus *corridas*, nosotros, tenemos las *coleadas*. Simple cuestión de herencia por una parte, y de costumbres *llaneras* por la otra. Aunque no se ve ya este espectáculo en las calles de las ciudades principales, todavía se colea de vez en cuando en las parroquias foráneas. El grabado que publicamos hoy representa una de las últimas corridas que se efectuaron en el pueblo de Antímano, y viene á ilustrar la bella composición del malogrado literato Sr. Jesús M. Sistiaga que nuestros lectores encontrarán en otra sección del presente número de EL COJO ILUSTRADO.

El Capitolio

Donde quiera será un edificio bello el recinto de nuestros legisladores. Es obra del Sr. Luciano Urdaneta. Su interior acaba de ser reformado por el Sr. Luis Malausena con gusto y lujo para comodidad y asiento de nuestros Senadores y Diputados. Forma parte del conjunto de edificios que ornan el punto céntrico de Caracas, y tiene á su frente la Universidad, cuya copia publicaremos próximamente.

El puente de hierro

Obra de mucho ornato, comodidad y belleza, vino á llenar una necesidad urgente. Fue el primer puente de importancia construido sobre el río Guaire. Para los que lo conocen no es menester describirlo—y para los que *lo ignoran*, nuestro grabado da por sí explicación exacta.

Trabajadores en un rancho

No carece de originalidad y poesía la escena que reproducimos de unos trabajadores del ferrocarril de Caracas á la Guaira, que después de duro trabajo y fatigados se van á la sombra de una choza á recuperar sus agotadas fuerzas para recomenzar con más brío su faena.

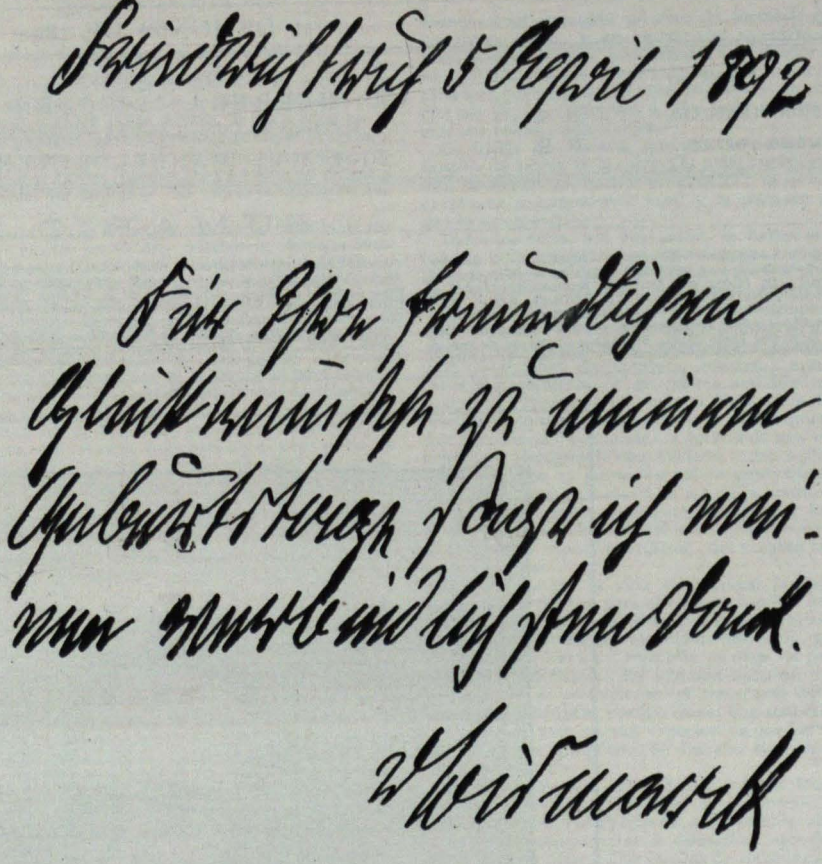
Tajamar de La Guaira

La vista que hoy damos de esta importante obra, que ha venido junto con otras de su especie á dar valimiento y nombradía á nuestra República, presenta á nuestro primer puerto sin aquellos inconvenientes, que hasta no hace mucho tenían que sufrir las embarcaciones, por los fuertes golpes de mar que constantemente azotaban la rada de La Guaira.

Estación del ferrocarril de La Guaira

Damos hoy la vista del exterior de este edificio, lugar de amena reunión de la mayor parte de las familias caraqueñas que concurren allí en son de despedir á sus deudos y amigos; ó que corren alegres á dar la bienvenida á quienes son esperados con afectuosa impaciencia.

Muchas lágrimas, ó muchas sonrisas entristecen ó alegran aquél simpático recinto. Allí, como en todas partes, se desarrolla siempre el eterno drama de la vida!



Friedrichsruh 5 de Abril de 1892. — Doy á Vd. las más expresivas gracias por sus amistosas felicitaciones en el día de mi cumpleaños. — v. BISMARCK.

EL CUADRO DE NTRA. SRA. DE CARACAS

Entre los recuerdos de la Caracas de antaño es justo que figure esta pintura que contiene quizás la vista más antigua que hoy exista de dicha ciudad. Su origen data, según dice el Dr. Arístides Rojas en el tomo 2º de sus *Leyendas Históricas*, del año de 1766, época en que el cuadro fue colocado en la esquina de la Torre, donde permaneció hasta el año de 1876. Hoy se conserva en el Museo Nacional de Caracas; y con mucha propiedad se expresa así el Dr. Rojas en la obra citada: «¡Cuántas generaciones se han sucedido desde el año de 1766, «en que fue colocado el retablo en la esquina «de la Metropolitana, hasta el de 1876, en que «fue quitado de su antiguo sitio, para ser «colocado en un rincón del Museo de Caracas! ¡Cuántos sucesos se verificaron durante este lapso de tiempo, y cuántas «noches borrascosas, con sus horas de angustias, llegaron en la misma época á «turbar la paz de la familia caraqueña, en «tanto que la luminaria de la Virgen, cual «estrella de los náufragos atraía siempre á «todos aquellos que con el pensamiento la «buscaban en la soledad del desamparo! «Ciento doce años de luchas sociales, de «cataclismos, de sol y agua, han pasado por «el añejo retablo, que pudo al fin salvarse «de la intemperie, para acordarnos la historia de pasadas épocas.»

Se observan en el cuadro las torres de Catedral, de San Mauricio y de Candelaria tal como debían existir antes del funesto terremoto de 1812 que fue causa de la ruina casi total de las dos últimas, y de que la primera quedase tan deteriorada que fue menester rebajarla en uno de los tres cuerpos de que se componía. Se notan también allí la antigua plaza de Catedral, una ligera indicación de los templos de San Jacinto y de San Lázaro, el antiguo Seminario, y el Convento de las monjas Concepciones.

Es una vista á vuelo de pájaro en que el espectador se supone situado entre las calles llamadas hoy Avenida Este Oeste, y calle Este Oeste número 2: punto que corresponde al cerrito en donde está la moderna Capilla del Calvario, pero á una elevación grandísima, como es la que se requiere para poder dominar la plaza de Catedral, tal como se ve en el cuadro; lo cual creemos no puede lograrse de ningún punto terrestre existente en esa dirección. No hay pues que buscar la estricta realidad en esta vista que no figura sino como accesorio de la escena principal que pasa en el cielo.

Por las dos calles mencionadas se extiende una procesión que parece elevar sus preces para unirlas á las del coro de ángeles y de santos que se ven en el cielo cantando las alabanzas de María.

Está la Virgen en el centro del cuadro en actitud de inmensa dulzura, extendiendo las manos sobre la ciudad en señal de bendición y de amparo y como atendiendo á las súplicas del ángel que le presenta el escudo de armas de Caracas, con esta invocación:



NUESTRA SEÑORA DE CARACAS

Sub tuum praesidium confugimus Sancta Dei Genitrix.

Un coro de ángeles canta las letanías de la Virgen, cuyos versículos se leen en los rotulitos que, junto con guirnaldas de flores, llevan en sus manos. A la izquierda se hallan las figuras de Santa Ana, de Santiago y del arcángel San Rafael (*Medicina Dei*): á la derecha Santa Rosalía y Santa Rosa de Lima.

Todas las figuras están pintadas con delicadeza y sentimiento; y añadiríamos, con buen colorido, si no fuera que la larga exposición del cuadro á la viva luz y á la intemperie hace sumamente difícil poderle juzgar como es debido por este respecto. El lado izquierdo especialmente ha sufrido muchísimo; pero por fortuna no queda destruída ninguna porción interesante del cuadro.

La pintura es sobre tela, fuertemente adherida á una tabla de cedro. Tiene un marco liso dorado, y circuído por otro marco de tabla, caprichosamente recortado, en cuya parte superior se lee:

Ave María. Sin pecado concebida

y en la inferior:

Nuestra Señora de Caracas

El bosquejo fue sacado por nosotros del original y después reducido por el sistema de fotograbado que se emplea para las láminas de este periódico.

RUGIL.

LA FLOR DE MAYO

Parece singular que esta planta, tan notable por el tamaño y el esplendor de sus flores, haya quedado desconocida á los botánicos, hasta que en 1836 la describió William Hooker, según ejemplares cultivados en los invernaderos de Thomas Moss en Otterspool, cerca de Liverpool, quien los había recibido, tres años antes, probablemente de Mr. Ward, distinguido caballero inglés establecido entonces en Caracas, y el primero, por lo que sepamos, que enviara algunas especies de orquideas de nuestra flora á Inglaterra, único país del mundo en el que, desde el segundo decenio del presente siglo, el cultivo de estas plantas había empezado á llamar la atención de cierto número de aficionados á la horticultura.

La mención tardía de la *flor de mayo* en los libros de botánica ó en las descripciones de viajes se comprende sin embargo, si recordamos cuán poco, hasta el año de 1830, se había explorado aun la flora del centro de Venezuela, región en la que exclusivamente se encuentra nuestra planta.

Nada de extraño tiene que no hallémos noticia de ella en los historiadores de la Conquista, que no conocían el interior del país, y no se interesaban en las plantas silvestres, si esceptuamos á Oviedo, Bartolomé de las Casas y sobre todo á Francisco Hernández, quienes no llegaron á la región en la que crece la *flor de mayo*. Faltábales además á los españoles de aquellos tiempos, en general, el entendimiento de las bellezas sin número que presenta la Naturaleza en los sitios que ellos recorrían, las cuales no llamaban la atención de quienes las contemplaban; de modo que, según dice Ticknor, al pintar montes, ríos ó bosques, las descripciones de los autores se acomodan lo mismo á los Pirineos ó al Guadalquivir que á Méjico, los Andes ó el Amazonas. «Los conquistadores del Nuevo Mundo, observa así mismo Pastor Díaz, no habían encontrado ninguna riqueza poética en las alturas de los Andes, en las palmeras de las Antillas, ni en los inmensos bosques de aquellos ríos más grandes todavía.»

El primer botánico que llegó á Venezuela (el sueco P. Löffling, discípulo de Lineo) visitó en 1754 á 1756 sólo algunas partes de la Nueva Andalucía, donde la *flor de mayo* es rara, aunque hay otra especie del mismo género (*Cattleya Gaskelliana*).

Humboldt no tuvo ocasión de estudiar la flora de nuestros alrededores sino en los meses de diciembre y enero, y por tal razón no vió la planta en flor.

Menos fácilmente se explica por qué el Doctor Vargas (que debía haber visto muchas veces la *flor de mayo*) no remitiera ninguna muestra de ella en las varias colecciones de plantas desecadas enviadas por él á sus corresponsales europeos Felipe Mercier y Agustín Pyr. De Candolle: acaso fué en parte por la dificultad de preparar la planta convenientemente para el herbario.

Sea como fuere, lo cierto es que la *flor de mayo* hizo su entrada en los círculos botánicos y hortícolas por el año y del modo susodichos, con el nombre de *Cattleya Mossiæ*, apareciendo su primera descripción y figura en el tomo 65 del *Botanical Magazine*, lámina 3.669.

El género *Cattleya*, dedicado en 1824 por el Dr. Lindley á uno de los primeros cultivadores de orquideas, William Cattley, de Barnet en Hertfordshire (Inglaterra), comprendía entonces ya varias especies, siendo la más antigua la *Cattleya labiata*, originaria del Brasil, y clasificada al principio como un *Epidendrum*, género con el cual todas las Cattleyas tienen indudablemente tanta semejanza, que Reichenbach, uno de los más notables conocedores de la familia de las orquideas, propuso una vez reunir de nuevo ambos géneros bajo la denominación colectiva del más antiguo.

Es de suponer que agradecida aceptase Mrs. Moss, esposa del caballero arriba mencionado, la galante alusión á su apellido, que encierra el nombre específico propuesto por William Hooker (Cattleya *Mossiæ*), y que ha perpetuado su memoria en los anales de la botánica.

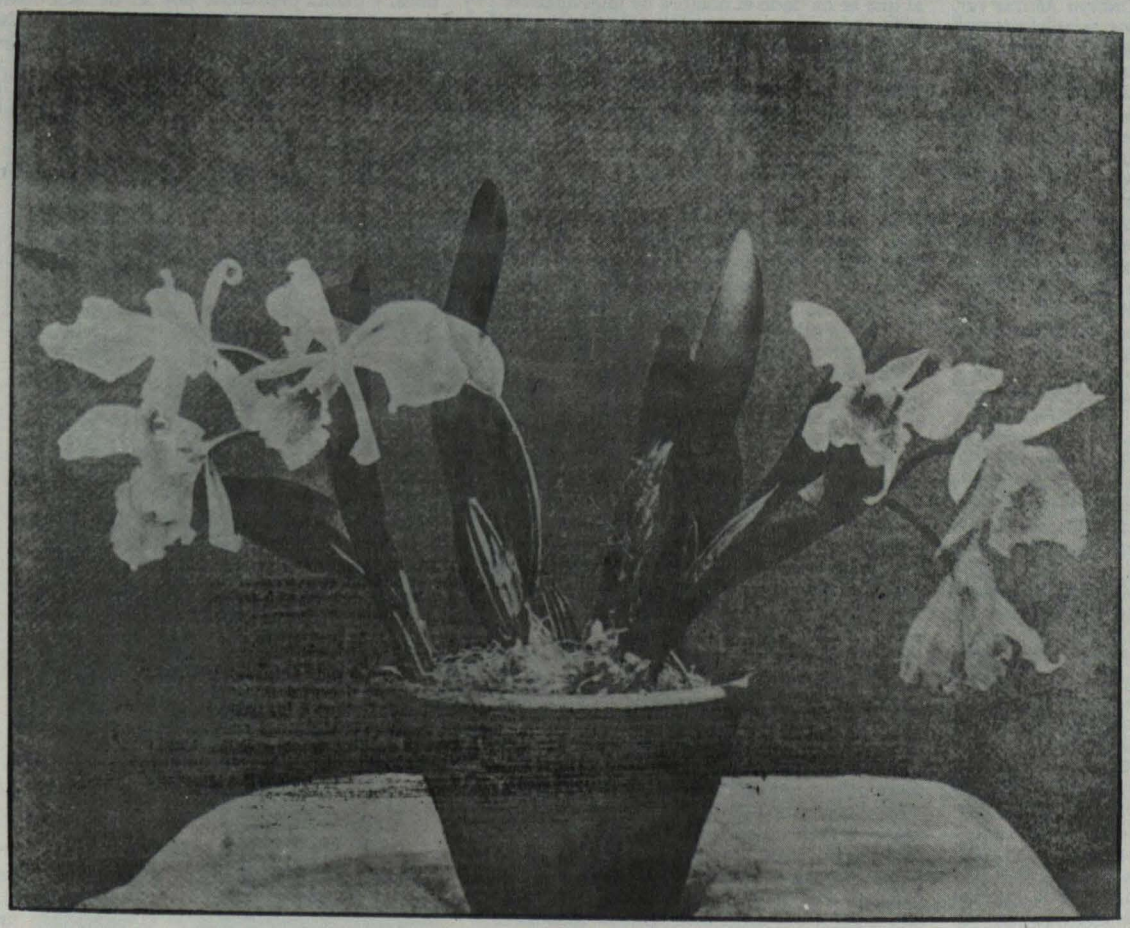
Lindley por cierto demostró en 1840 que la *flor de mayo* no era una especie distinta, sino una mera variedad de la *Cattleya labiata*; pero esta manera de ver, por más fundada que está, encontró pocos partidarios, y el nombre *Cattleya Mossiæ* se ha conservado sobre todo entre los floricultores, cuyos intereses industriales se sobreponen no raras veces á las reglas de la ciencia. Por otra parte debemos observar que es tan extraordinaria la variabilidad individual en el género *Cattleya*, que aún no ha llegado el tiempo de distinguir con precisión científica entre las especies típicas que tienen señas morfológicas de un carácter constante, y las variedades secundarias que sólo presentan unas que otras diferencias en el tamaño y color de las flores. Pero de este punto dirémos algo más al tratar de la fecundación de la *flor de mayo*.

Al pasar ahora á la descripción morfológica de nuestra *Cattleya*, debemos ante todo corregir el error de llamarla parásita, puesto que no se mantiene chupando la savia elaborada de los árboles sobre los cuales vegeta. Ninguna orquidea es parásita. Algunas especies son terrestres y más ó menos saprófitas, es decir, absorben por sus raíces los líquidos que resultan de la descomposición de las sustancias orgánicas contenidas en el mantillo del suelo; pero la mayoría son epifitas, y como tales les sirven sólo de asiento los vegetales sobre los cuales se encuentran. La *flor de mayo* no es exclusivamente epifita, porque á veces crece sobre rocas y peñones; y en los jardines podemos con toda facilidad cultivarla en toletes de madera seca, en cestas rústicas tejidas de bejucos, ó en potes de tierra cocida, con tal que estos últimos se llenen hasta la mitad de tiestos ó de fragmentos de ladrillos, para asegurar un drenaje perfecto; en los toletes se amarra la planta con alambres, y en las cestas y potes se acuña con sustancias elásticas é higroscópicas, como musgo y fibras de coco: en todo caso el drenaje es la *conditio sine qua non* del éxito, porque el agua estancada destruye las raices y mata la planta.

Las raíces de la *flor de mayo* se diferencian de las raíces ordinarias de otras plantas muy esencialmente por su estructura y sus funciones. En primer lugar es digno de notar que nacen de los mismos internodios del tallo, que raras veces se ramifican, y adhieren fuertemente al asiento de la planta, sosteniéndola así con toda seguridad. Son por consiguiente raíces aéreas y al mismo tiempo adhesivas. Su color es blanco, con excepción de la punta, en la que aparece algo de verde. Depende este color de su estructura interior. Hagamos un corte transversal por una raíz, y examinémoslo con un pequeño microscópico (un aumento de 20 á 25 veces basta), y veremos primero una zona periférica relativamente ancha y formada de un tegido celular algo esponjoso. Las células están vacías, es decir, no contienen sino aire (lo cual, por razones ópticas, es la causa del color blanco de dicha zona), y cada una encierra un hilito parietal que forma una angosta espira, que funciona como resorte y evita el colapso de la célula. La capa exterior no se diferencia de las interiores, de modo que toda la zona, llamada *velamen* por los botánicos, resulta ser simplemente una epidermis constituida de varios estratos de células. Hacia adentro sigue la verdadera corteza, compuesta de una delgada endodermis exterior, una parte más gruesa en el medio y una endodermis interior, igualmente muy delgada. La parte media consta de varios estratos de células con clorofila, cuyo color verde se hace visible á través del velamen cuando éste se halla saturado de agua. El centro de la raíz lo constituye un cilindro, en cuyo tegido se distinguen las fibras del liber y del leño, al rededor de una médula compuesta de células bastante grandes.

Raíces de una estructura semejante hay también en muchas aroideas, v. g. en el *Anthurium crassinervium* Schott, que es muy común en nuestras selvas, y se cultiva con frecuencia á causa de sus hermosas hojas grandísimas bajo el nombre de *Lengua de Vaca*. El velamen de estas raíces funciona como órgano de absorción de la humedad (lluvia, rocío, vapor de agua), en virtud de la imbibición de las paredes de sus células. Hé aquí el único modo que tiene la *flor de mayo* de proveerse del agua necesaria para su vegetación; y como existe siempre alguna humedad en el aire de nuestras selvas, sobre todo durante las horas de la noche, se comprende como la planta puede conservar la vida aún en los meses de la estación seca. Además debemos observar que la transpiración es casi nula, por la falta de estomas, que sólo se notan en el envés de las hojas, pero que tienen una estructura especial y poco favorable á la evasión del vapor de agua.

El tallo de la *flor de mayo*, en su mayor parte, es de vegetación rastrera, puesto que crece pegado á los cuerpos que sirven de asiento á la planta, y sólo los últimos internodios de cada época de vegetación se elevan libremente al aire. Raras veces llega á tener un centímetro de grueso, y su estructura interior no presenta diferencias mayores de las que se conocen en todas las plantas monocotiledóneas. Como en muchas otras orquideas es un simpodio, es decir, consta de una série de segmentos que nacen lateralmente unas de otras. Para tener una idea clara de este modo de vegetar, es preciso observar una planta después de haber caído la flor. Pasan entonces muchas semanas, y aun algunos meses, sin que se noten en ella señales de vida; por eso se dice que está en estado de reposo, y durante este tiempo conviene no regarla, para no acelerar el principio de la nueva vegetación, lo que la debilitaría mucho. Poco á poco se ve que en la parte inferior del segmento que tuvo la última flor, aparece un tubérculo, el cual es el comienzo del nuevo segmento (y entonces es preciso regar la planta de vez en cuando). Creciendo con bastante rapidez, este retoño se alarga pronto, y pueden distinguirse en él varios internodios cortos y cubiertos de unos estuches membranosos que son hojas, aunque muy diferentes en su forma y estructura de las hojas ordinarias: las llamaremos por eso hojas internodales, para distinguirlas de las hojas terminales. Después de haberse formado así algunos internodios nuevos, como prolongación de la parte rastrera y más vieja del tallo, el retoño cambia de dirección, se aparta del asiento común y forma dos ó tres internodios más largos que los anteriores, pero tan delgados como ellos, á los cuales siguen algunos más gruesos que juntos hacen un cuerpo de forma aovada, envuelto igualmente cada uno en su hoja internodal. Este cuerpo se ha llamado el seudo-bulbo; las más veces presenta surcos longitudinales, y sus dimensiones varían mucho en diferentes plantas.



FLOR DE MAYO

Con este seudo-bulbo concluye la vegetación del segmento nuevo, que tiene por eso una forma curva: su parte primera ó basal aparece como la simple prolongación del tallo, mientras que la segunda ó terminal, que lleva la hoja terminal, simula el pecíolo engrosado de esta última. Ambas partes constan de varios internodios, de los cuales uno sólo (el que se halla en la parte convexa de la curva) tiene la propiedad de producir nuevos retoños, mientras que el último, ó terminal, no prolonga el eje de la planta y tiene sólo el oficio de dar nacimiento á una hoja y á la inflorescencia. Tal es la estructura llamada simpodial, en distinción de la monopodial, en la que cada nuevo internodio del eje nace del estremo terminal del internodio anterior.

En ejemplares muy robustos se forman con frecuencia retoños accesorios, que producen un número mayor ó menor de ramificaciones del tallo, y así es que se encuentran plantas de flor de mayo muy grandes con centenares de hojas; pero éstos son casos raros. Normalmente se necesita un año para la formación completa de un segmento del tallo, siendo por eso la vegetación de la planta muy lenta; los ejemplares grandes de los que acabamos de hablar, son por tal razón muy viejos, y hay sin duda algunos que en este sentido son verdaderos patriarcas y andan tal vez con el siglo. (*)

Los seudo-bulbos encierran una cantidad considerable de un jugo algo espeso y mucilaginoso, que es la sustancia nutritiva para la formación de las hojas terminales y de las flores. *Cattleya Mossiæ* tiene una sola hoja terminal; en otras especies hay dos. La hoja nace de una base casi circular y está al principio longitudinalmente plegada, de manera que las dos mitades de la página superior se tocan. Poco á poco se abre, y al mismo tiempo aumenta su consistencia que finalmente llega á ser bastante grande, de modo que la textura es coriácea. El nervio medio forma una cresta muy saliente en la página inferior, á la que corresponde un surco en la superior; los demás nervios corren paralelos al principal y están completamente sumergidos en el parenquima de la lámina. El borde es enterísimo, y sólo en el ápice se nota muy á menudo un ligero escote. La epidermis de ambas páginas está fuertemente cuticularizada: la superior carece en absoluto de estomas; en la inferior los hay, pero la cutícula los cierra casi por completo, de modo que la transpiración resulta ser muy insignificante. Después de haber caído la flor, la hoja persiste aun por mucho tiempo; y cuando por fin se cae, deja una cicatriz limpia en el ápice del seudo-bulbo.

Mucho antes de aparecer las flores, brota de este ápice, y de en medio del espacio que encierra la base de la hoja, un órgano foliáceo formado de dos láminas unidas por sus bordes, que alcanza 5 ó 6 centímetros de largo por uno y medio de ancho. Es idéntico á la espata que envuelve las inflorescencias de las palmeras, aroídeas y otras monocotiledóneas, y pertenece ya á las flores. En su fondo nace poco á poco la inflorescencia (hay sin embargo espatas que permanecen estériles), que finalmente sale de su envoltorio, á cuyo efecto éste se abre en el estremo. La espata es persistente, y dura aun más tiempo que las mismas flores. El eje de la inflorescencia se divide normalmente en dos pedúnculos, cada uno provisto de una diminuta bráctea de forma triangular. En plantas pequeñas ó débiles se forma á menudo un solo pedúnculo, y por lo tanto una sola flor; mientras que en ejemplares muy fuertes puede haber un número mayor (hasta cinco).

Los pecíolos son cortos y pasan insensiblemente al ovario, el que fácilmente ya de afuera se reconoce por los tres surcos longitudinales, correspondientes á sus tres valvas ú hojas carpelares. Los botones son al principio de un color verdoso que gradualmente se hace como lavado de rojo; tanto en su extremo, como en los puntos de inserción de las brácteas, exudan constantemente gotitas de un licor azucarado, muy solicitado por las hormigas.

Difícil es describir con toda exactitud las flores abiertas, no menos notables por su exquisita hermosura que por su estructura singular é interesante. La índole del presente escrito, y aun más nuestra insuficiencia, nos prohiben cantar su belleza: que lo hagan otros, con tal que no pequen demasiado, *more poetarum*, contra las verdades positivas de la historia natural!

Se ha dicho que analizar la hermosura es destruir su gracia y acabar con sus atractivos; sostenemos sin embargo que esto es incierto y que el entendimiento perfecto de un organismo es el primer paso para admirarlo.

Pero volvamos á la flor de la *flor de mayo*. Consta ella en primer lugar de un verticilo de tres hojas iguales entre sí, que se llaman los sépalos. Son de forma lanceolada y miden en algunos casos 7 á 8 centímetros de largo por dos de ancho. No sé como llamar su color: pero como todos mis lectores conocen la flor, basta decir que este color es. . . color de flor de mayo. Son algo transparentes, de modo que se distinguen bien los nervios paralelos que las recorren desde la base hasta la punta.

Sigue á este primer verticilo otro, compuesto igualmente de tres hojas: dos iguales entre sí y llamadas pétalos, y una (la mayor y más notable) diferente en forma y color, llamado el labelo ó labillo. Los dos pétalos son del color de los sépalos, pero mayores que ellos y ondulados en su borde; además se distinguen por su nervación que es flabeliforme, con un nervio principal y un número de nervios laterales, pero separados de aquel, que se ramifican y se anastomosan en parte.

La pieza más lucida de toda la corola es sin duda el tercer pétalo ó el labelo. Su parte interior forma una especie de cartucho con una hendidura lateral, el cual envuelve casi por completo un cuerpo central, llamado la columna, del cual hablaremos luego. La parte superior del labelo está abierta y muy encrespada en el borde, y sobre un fondo del color de las demás hojas florales presenta hacia adentro una mancha amarilla, y hacia adelante otra de color rojo más ó menos oscuro. Hay gran variación en estos colores: á veces la mancha colorada consta sólo de puntos ó líneas separadas, otras veces es muy compacto y llega casi al borde anterior, el cual amenudo queda enteramente blanco. Así mismo la mancha amarilla varía mucho en tamaño é intensidad, y se puede decir sin exageración que apenas hay dos plantas de flor de mayo, que sean perfectamente iguales en cuanto á su coloración. Los jardineros dan la preferencia á las variedades que tienen las manchas muy pronunciadas, y al propio tiempo el borde anterior muy encrespado y blanco. A todas ellas han dado nombres distintos, como si fueran especies diferentes, lo cual ha producido una confusión sin igual en toda la nomenclatura de este género.

La variedad más notable es la flor de mayo *blanca*, en cuyos sépalos y pétalos no se desarrolla el pigmento rosado, que sólo se conserva;

---

[*] En abril de 1889 compramos una planta de flor de mayo, que tenía 228 hojas y 106 flores! Forma ahora parte de la colección de un distinguido orquidófilo inglés, y tenemos informes de que, después de dos años de escasa producción, ostentará de nuevo en el presente un grandísimo número de flores. El señor A. Sachse, colector de orquídeas, nos refiere que en el Tocuyo ha visto una planta aun mucho más grande.

en la mancha roja del labelo (*Cattleya Mossiæ* var. *Reineckiana*), ó desaparece por completo, y queda únicamente el color amarillo en el labelo (*Cattleya Mossiæ Wageneriana*, llamada también *alba*, var. *M. Piret.*) Estas variedades blancas son raras, y muy solicitadas por los orquidófilos, de modo que plantas robustas tienen un precio muy elevado. Hay transiciones entre ellas y la forma típica de color rosado, la que se pone también blanca, cuando las flores se exponen á los vapores de azufre encendido, ó sea al ácido sulfuroso.

El tamaño de las flores varía igualmente bastante, hay algunas que sólo miden un decímetro entre las puntas de los pétalos opuestos, mientras que en otras esta misma distancia llega al doble. Tienen además los jardineros la costumbre de indicar el tamaño en centímetros de circunferencia, calculando que estos números mayores excitan más la curiosidad y el interés de los compradores.

Réstanos hablar ahora de la columna en el centro de la flor. Este cuerpo es una fusión de los órganos de ambos sexos, por cuya razón lo han llamado también el *ginóstemo*, del griego *gyne* (mujer, órgano femenino) y *stemon* (estambre, órgano masculino.) La columna es más gruesa hacia arriba y tiene en general la forma de un prisma de tres caras, una de ellas, la anterior dirigida hacia el labelo. Las aristas longitudinales del prisma terminan arriba en puntas, una dorsal y dos laterales. La cara anterior presenta cerca de la base un surco que conduce á un pequeño receptáculo, llamado el nectario, porque en él se encuentra un líquido dulce ó néctar. Más arriba se observa en la misma cara una depresión semi-óvala, cubierta de una sustancia muy viscosa: este punto es el estigma. De él desciende interiormente un tegido algo flojo hacia el ovario ya mencionado, y éste contiene un grandísimo número de huevecillos muy pequeños. La parte superior de la columna tiene una cavidad, en la cual está acomodado un cuerpo más ó menos redondo y de color blanco por arriba, que es la antera. La retiene asegurada en su posición la punta dorsal de la columna, que se encorva algo hacia adelante y funciona como un resorte de presión. Examinada la antera por debajo, se ve que tiene cuatro compartimientos, y en cada uno de ellos un cuerpo disciforme de color amarillo y de consistencia cerácea; cada disco lleva uu apéndice en forma de una angosta tirita amarilla; los estremos libres de los últimos están unidos y descansan sobre una pieza transversal, situada entre la antera y el estigma, y cuyo borde exterior es algo irregular y de color oscuro. Los discos son los polinarios; los apéndices se llaman retináculos, y la pieza transversal es el rostellum.

Veamos ahora como funciona este aparato tan complicado. El estigma es la parte exterior del órgano femenino; los polinarios son lo esencial del órgano masculino. Es cosa sabida que la fecundación de los huevecillos en el ovario sólo se efectúa cuando el elemento masculino, aquí los polinarios, llega al estigma. ¿Pero cómo puede suceder tal cosa en la flor de mayo, encerrados como están los polinarios en la antera, y separados además del estigma por el rostellum? Claro está que para ello se necesita la intervención de agentes extraños, cuales son en nuestro caso ciertos insectos del orden de los himenópteros, sobre todo abejas y cigarrones pequeños. Se sabe que estos animalitos visitan las flores con el doble objeto de buscar polen y chupar el néctar en el fondo de las corolas. Los colores vivos de las últimas sirven para llamarles la atención, precisamente como las banderas de muchos colores que ponen los tenderos en las puertas de sus establecimientos, sirven para atraerse parroquianos al baratillo. Llegado el insecto á la corola, es guiado por la mancha sobresaliente y las líneas convergentes del labelo á internar su cabeza con toda precisión hacia el nectario, lo que no puede hacer sin tocar el estigma con la parte dorsal de su torax. Terminada la visita y al retirar su cuerpo, el insecto levanta el rostellum, de modo que toca los polinarios, los cuales al momento quedan pegados á su dorso. Al volar el insecto en seguida á una segunda flor, para hacer en ella otra libación, estos polinarios vienen á tocar el estigma, y quedan desde luego adheridos á la sustancia viscosa que lo cubre. Con este trasporte de los polinarios al estigma queda efectuado el primer acto de la fecundación, al que se ha dado el nombre de impolinación. [*]

Lo mismo que en muchas otras plantas, la impolinación en las especies de *Cattleya* por medio de la ayuda de los insectos, es uno de los ejemplos más notables del admirable engranaje que existe en el mecanismo de la naturaleza. Las corolas ostentan sus ricos colores y destilan en su fondo el dulce néctar, sin saber por qué ni para quién; viene el insecto y no menos inconsciente retribuye á la planta por el licor regalado con el servicio más importante del que depende la conservación de la especie. [**]

Después de algún tiempo se deshacen los polinarios y dan origen á un gran número de pequeños tubos finísimos, llamados tubos polínicos, que crecen por el tegido flojo en el interior del ginóstemo hasta que lleguen á la cavidad del ovario, en el cual se ponen en contacto con los huevecillos. No se ha observado aún en la flor de mayo cómo se efectúa la fecundación, que consiste naturalmente en la combinación del contenido protoplasmático de los tubos y de los huevecillos. Lo único que hemos podido ver varias veces es que los tubos se enroscan de una manera irregular al rededor del huevecillo. Sea como fuere, algunos huevecillos quedarán fecundados, y muchos por supuesto nó. En aquellos se opera un cambio visible con extraordinaria lentitud: Veitch notó que sólo cinco meses después de la impolinación se ve alguna transformación, aunque ya antes se observa que el mismo ovario aumenta algo de volumen.

Como los insectos visitan de seguida las flores de diferentes variedades, hay muchos cruzamientos entre unas y otras: circunstancia que sin duda contribuye en primera línea á la gran variabilidad de esta especie. Muy lenta es la maduración del fruto de la flor de mayo. En su estado perfecto es una cápsula elíptica de 8 á 10 centímetros de largo, por 2 á 3 de grueso, que en su extremo lleva los restos desecados de las partes de la flor. Cuando enteramente maduro, se abre por lo general en tres valvas, pero cada una de ellas consta propiamente de dos, una mayor y otro menor. La separación se efectúa sólo en la parte más abultada de la cápsula, conservándose unidas las valvas en ambos extremos. Ni es la apertura muy completa, porque de uno y otro lado de la hendidura vienen cruzándose fibras trasversales, que hacen de ella una especie de cedazo: disposición que tiene el efecto, probablemente útil á las plantas, de que las semillas no caen todas á la vez, sino poco á poco, facilitándose así su dispersión por el viento. Las semillas son muy diminutas y livianas, como aserrín muy fino, y contienen un embrión muy rudimentario. Llegadas á condiciones favorables, germinan aunque con mucha lentitud; y el crecimiento de la nueva planta sigue tan despacio que, á la edad de cinco años, es aún tan pequeña que se puede trazar su figura, al tamaño natural, en un papel no más grande que un fuerte de plata.

La producción de frutos maduros cansa mucho la flor de mayo, y puede matar la planta por completo. Por eso los jardineros tienen buen cuidado de cortar los frutos incipientes, y lo mismo las flores cuando empiezan á marchitarse. Las flores viven aproximadamente un mes, si durante este tiempo no se riega la planta. Es en general un error bastante grave dar á la flor de mayo mucha agua: véase v. g. los ejemplares en la Plaza Bolívar, que apesar del absoluto descuido de parte de los así llamados jardineros, producen todos los años un gran número de flores.

La *flor de mayo* es una especialidad de nuestra flora, y planta predilecta, por ser de fácil cultivo de cuantos tienen un invernadero en otros países Desde la fecha de su introducción en la floricultura, muchos millares han sido enviados año por año de este país á Europa y á los Estados Unidos, y ya empieza á escasear, á lo menos en los alrededores de Caracas.

Abril 26 de 1892.

A. ERNST

---

[*] El ilustre Carlos Darwin fue el primero que estudiara la impolinación en el género *Cattleya* con la acucia y exactitud que caracterizan todas las observaciones de este gran naturalista.

[**] Es esta misma armonía que describe Goethe en los versos siguientes:

GLEICH UND GLEICH

Ein Blumenglöckchen
Vom Boden hervor
War früh gesprosset
In lieblichem Flor;
Da kam ein Bienchen
Und naschte fein:—
Die müssen wohl beide
Für einander sein.

IGUAL CON IGUAL

La blanca campanilla
De la temprana flor
Sobre la verde yerba
Sus galas levantó;
Y una ligera abeja,
Que andaba al rededor,
En ella cuidadosa
La dulce miel libó;
Tal vez una para otra
Nacido habian las dos!

[Traducida del alemán por el Dr. J. Gil Fortoul].

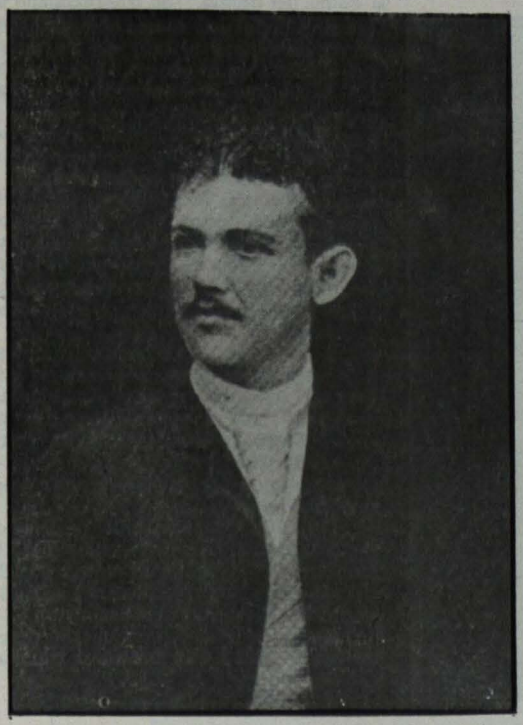


LA POESIA

Del verde limonero se desprenden
Los blancos y olorosos azahares
De las nubes aljófares descienden,
Se escapan del ladd nuestros cantares;
Así á impulso de fuerza soberana,
Derramando torrentes de armonía,
Luminosa entre lágrimas y ufana
Sale del corazón la poesía.
Sale, y remeda el gorjear canoro
Y el arpegio dulcísimo y ardiente
Del ave tropical, de plumas de oro,
Que se baña en la luz del sol de Oriente.
Truena cual desprendida catarata,
O atrás dejando al águila en su vuelo,
Penetra en el azul bordado en plata
Por emular los cánticos del cielo.
Rica, triunfal, del tiempo vencedora,
Es tánto su matiz, su brillo tánto,
Que encierra los destellos de la aurora
La más lúgubre nota de su canto.
Y hallan eco en su idioma que extasía,
La esperanza, el amor, la fe, la gloria,
La ambición, el pesar y la alegría,
Que forman nuestra herencia y nuestra historia.
Vanamente con fúnebres colores
Su palma deslustrar la envidia intenta,
Que del laurel no mancha los verdores
La sombra de la nube en la tormenta.
Y del mezquino mundo, ingrato y ciego,
Canta sobre las negras tempestades,
En rimas de oro y lágrimas y fuego,
El poema inmortal de las edades.

. . . . . .

Sal de mi corazón, musa sombría,
Ya que en mi pecho te encerró la suerte,
Y en tí perdure la memoria mía
Cuando me envuelva en su crespón la muerte.



GONZALO PICON FEBRES

—

Cuando fuimos casa de este amigo en busca de datos para el esbozo biográfico con que EL COJO ILUSTRADO acostumbra acompañar los retratos que publica, al principio se mostró rehacio en darlos, más al fin, como quien se resuelve á tragar algo muy amargo, nos hizo sentar ante su mesa de trabajo, y de un solo aliento nos conversó los párrafos que van á continuación y que imprimimos *in integrum*, para no quitar un ápice al sabor autobiográfico que contienen. Observamos solamente, para uso de los lectores no bien intencionados, que las apreciaciones así políticas como literarias no envuelven linaje alguno de acrimonía, sino que revisten más bien un carácter guasón que "á todos y á ninguno toca."

Trabajador incansable es el señor Picón Febres, y como él mismo nota en sus apuntes, pronto habremos de deleitarnos con la lectura de dos nuevas obras que ya están en prensa asegurando nosotros desde ahora que su libro acerca de "la novela en Venezuela" es el estudio más completo que hasta hoy se haya publicado, respecto á este género de composición literaria.

«Nació en Mérida en 1860.

«En la misma ciudad estudió primeras letras y latín, no tan de lo peor que digamos.

«Vino á Caracas de diez y siete años, y después del curso de filosofía, leyó en la Universidad, hasta terminarlo, con Gil Fortoul, Alejandro Urbaneja, Andrés Alfonzo Ortega, Victor Manuel Mago, Juan Francisco Bustillos, y otros más que son hoy hombres de cuenta, el curso de ciencias políticas.

«A los diez y ocho años la dió por escribir prosa, una prosa muy mala, campanuda, bombástica, retumbante como los cobres de la orquesta, y que no decía maldita la cosa al fin y al cabo. Mucha imagen, mucha frase sonora, mucho lirismo endemoniado, pero poca médula y poca ciencia. Nada, amigo, sino que le había aprendido la *manera* á Castelar, y ¡claro! no hacía sino períodos como pompas de jabón. Entónces fué cuando escribió un discurso que anda por ahí en folleto, acerca de la educación de la mujer, que no tiene patas ni cabeza, y en el cual puso á un topo nada menos que á rugir, lo que es un desatino. Pues con todo, y ser aquello una abominación quintesenciada, *La Opinión Nacional*, *El Monitor*, *El Diario de Avisos*, *La Entrega Literaria*, y otros periódicos de la capital, tenían el brío de meter en sus columnas artículos fabricados con semejante prosa. ¡Allá ellos!

«Después, cuando dejó de leer á Castelar, y estudió los clásicos españoles, y se echó al coleto las obras de D. Juan Valera, Pí y Margall, Revilla, Alas, Menéndez Pelayo, Galdós, Pereda, la Pardo Bazán, y de un centenar más de autores españoles, franceses é hispano-americanos, se le compuso el estilo, y hoy no falta quien lo lea. Al menos, así lo han dicho Zerpa, Romero García, Zumeta, Miguel Eduardo Pardo, Carlos Benito Figueredo, Bolet Peraza, Emilio Soulere, Mayorga Rivas, Laverde Amaya, el español Palacio Valdés, el crítico norte-americano Haskel Dole, y el poeta salvadoreño Vicente Acosta. ¡Estos señores sabrán por qué lo han dicho, y perdone usted!

«A los veintiún años se le metió en la cabeza la idea de que podía escribir versos, y algunos de los primeros que hizo, le salieron muy malos, no tanto, por supuesto, como los de ciertos pajarracos que yo me sé al dedillo los cuales no han logrado salir nunca, á pesar de los empeños, del taller en que los lugares comunes se fabrican, y de la fría, inodora y servil imitación de los españoles que figuraron en el *siglo áureo*. Hay quien diga en Venezuela que Picón Febres, como poeta, no sirve para nada, y sus razones tendrán muchos para hacer tan terminante afirmación. Bueno es que se sepa, sin embargo, que algunas de sus composiciones, *La Poesía*, pongo por caso, le han dado la vuelta á la América Española. Por lo demás, el lector podrá juzgarle en vista de las que hoy se publican.

«No falta por ahí quien asegure que es orador, porque tiene la voz clara, los ademanes desenvueltos, y muy precisa la manera con que pronuncia los períodos. Empero, cuando los maestros hablan, punto en boca. Uno de los hombres de más talla en la tribuna venezolana afirmaba no hace mucho, ante un círculo de literatos muy empingorotados, y con harta seriedad, que Picón Febres no es ni podrá ser nunca orador, porque las palabras que se escriben con *elle*, con *elle* las pronuncia, y no con *y griega*: más claro aún, que no dice *escoyo*, *campaniya*, ni *quereya*, sino del modo que el dientón de la tribuna censuraba. (Como suena ¿eh? Me parece que el argumento es incontestable).

«Cuando se publicó su libro *Revoltillo*, un crítico de rompe y rasga le hizo burla porque en el prólogo dice que en política es liberal, y más adelante se encuentra un ditirambo á María de Nazareth, en forma de discurso. El crítico concluyó que no era posible armonizar al liberalismo con las creencias católicas, y puso á Picón Febres de vuelta y media. Ahora bien, en el discurso aludido no hay una sola afirmación por la cual pueda tildársele de fetiquista y de católico. María está tomada allí como ideal de una religión, del cual habló con entusiasmo para lisonjear el sentimiento religioso del público que le escuchaba, sin necesidad de levantar el velo de sus propias creencias y opiniones.

«Picón Febres es hombre que se permite el lujo de creer, como verdad incuestionable, en la teoría científica de la evolución; pero niega á pies juntillas que la primera célula vital haya nacido por generación expontánea, y que el pensamiento sea la resultante de los movimientos, en tal ó cual sentido, de las moléculas cerebrales. Precisamente por esto es que cree en Dios y en la inmortalidad del espíritu.

«Le tiene mala intención á los curas y á los macheteros, porque son obstáculos para el progreso, y opina que la política de la tierruca será siempre intolerable, aunque gobiernen el país los principistas de raja macana.

«Un articulista dijo en meses pasados que Picón Febres carece en absoluto de criterio político, (porque llama á las cosas por su nombre) y también de criterio literario, (porque no llama *genio* á todo el mundo). ¡Quizás tenga razón, hombre!

«En su tierra no lo quieren por más de un motivo poderoso: por liberal (pero no de los amarillos de la *guerra brava*), por enemigo de los balandranes, por progresista, y porque le hace la guerra á ciertas celebridades de alfeñique, que se levantan de la noche á la mañana con mucho viento en la barriga, sin que nadie logre explicarse porque gozan de fama en la República.

«Ha publicado un libro de estudios críticos, titulado *Páginas Sueltas*, y otro de discursos, cuadros de costumbres, política, recuerdos de viaje y críticas literarias, con el nombre de *Revoltillo*. Tiene en prensa un volumen de poesías inéditas, y también una novela de costumbres venezolanas que se llama *Fidelia*. Dentro de poco publicará dos volúmenes más, titulados *Cuartillas de viaje*, y *La novela en Venezuela*.

Para periodista político no sirve, porque considera como perdido el tiempo que se gasta en luchar contra los imposibles.

De sus primeros ensayos literarios (los de la prosa de cuadros), se ríe á mandíbula batiente. Si le fuera dado recoger todos los papeles en que se publicaron, les metería candela y aventaría las cenizas. Esto no es extraño, porque lo mismo haría Gil Fortoul con el volumen de sus primeros versos, y César Zumeta con un folleto titulado *San Pedro Alejandrino*.

«Como crítico, Julio Calcaño lo colocó una vez en el más alto cogollito; pero salta á la vista desde luego que con ello cometió un error á todas luces manifiesto, porque, según el mismo Picón Febres, antes que él están Gil Fortoul, López Méndez, Zerpa, Romero García, Manuel Revenga y Zumeta.

«Hay cosas que no se le pueden tolerar. ¡Allá va una! Que para acompañar á Pérez Bonalde en sus ascenciones al Parnaso, es necesario ir en tren expreso, como va Pérez Bonalde. ¡Allá va otra! Que Gil Fortoul está á la altura de los cerebros más privilegiados de la América Española. ¡Y otra! Que á Arístides Rojas, en su ramo, no hay quien le tosa en la parroquia.

«Para terminar estos apuntes, diré que no han faltado sociedades literarias extranjeras que hayan distinguido á Picón Febres con el diploma de miembro honorario.»

Andadores.—Nada es nuevo bajo el sol. Encontramos en un antiguo almanaque inglés algunos detalles que prueban que los aficionados á marchas forzadas no son de reciente origen.

En noviembre de 1773, un legista, llamado Porvell, hizo el viaje de Lóndres á York (646 kilómetros) en seis días, viaje que volvió á hacer en 1788, á la edad de cincuenta y siete años.

En abril de 1809, el capitán *Barclay* caminó 1.000 millas (1.609 kilómetros) en mil horas consecutivas: una milla por hora.

Este extraordinario esfuerzo, fué sobrepasado, por lo que respecta al trayecto, en julio de 1811 por Tomás *Scudon:* 1.100 millas (1.770 kilómetros) en mil cien horas.

El 13 de julio de 1813, un tal Aïken partió de Westminter, se trasladó á Ashford, en el condado de Kent, y volvió á su punto de partida en veinticuatro horas menos nueve minutos; había caminado 173 kilómetros.

Baker, de Rochester, hizo en noviembre de 1815, 1.610 kilómetros en veinte días.

En fin, para no prolongar demasiado esta nomenclatura, un tal *Eaton* recorrió en diciembre de 1815, el trayecto recorrido por Tomás Seudon y caminó sin pararse durante 1.100 horas, marchando una milla por hora, esto es, 1.770 kilómetros.

CONOCIMIENTOS UTILES

—

Abono para las plantas florales y de adorno.—Con gran éxito viene empleándose en los más renombrados parques un abono formado del modo siguiente:

Nitrato de sosa, 10 kilógramos.—Cloruro de potasa, 5.—Superfosfato de cal, 40.—Yeso ó sulfato de cal, 45.

Este abono tiene la propiedad de dar á las plantas una vegetación más exuberante, hojas más hermosas, más abundante floración y colores más vivos y brillantes.

PAISAJE

Atardece, y el sol con lumbres rojas
tiñendo está la inmensidad del cielo:
de los ceibos en flor brillan las hojas,
y los pájaros saltan por el suelo.
Cada chispa de luz es un topacio,
cada jilguero un cántico sonoro,
cada floresta espléndida un palacio,
y cada nube un camarín de oro.
Los átomos de púrpura abejean
sobre las albas y entreabiertas rosas;
las libélulas fúlgidas llamean,
y se irisan al sol las mariposas.
Azota el mar con ímpetu violento
el robusto perfil de los escollos,
y del aura fugaz el tibio aliento
acaricia los vívidos pimpollos.
Allá en el bosque zumba la cigarra,
bulle la gente al pie del ventorrillo,
de pronto vibra el són de la guitarra,
y el entusiasmo crece en el corrillo.
En el ruinoso templo de la aldea
resuena lentamente la campana;
el agua en los remansos chapotea,
y hay en el campo olor de mejorana.
Tras el pretil que se enguirnalda en flores
se oyen voces de niños cristalinas,
y en el fresco verjel, los surtidores
se están diciendo chanzas peregrinas.
A la orilla del mar se halla sentada
la más linda doncella del contorno;
hierve de áureos insectos la enramada,
y el ocaso refulge como un horno.
Viste la niña enagua azul marino,
y bajo el ala gris de ancho sombrero,
lucir se ve su rostro peregrino,
albo como el semblante de un lucero.
Cada mirada suya es un derroche
de luz, de amor, de intensa poesía:
negras sus trenzas son como la noche,
y brillantes sus ojos como el día.
¿En qué piensa? Lo ignoro... acaso en nada:
quizá en la luz que en occidente espira.
¡Yo sólo sé que es triste su mirada,
y muy hondo el pesar con que suspira!

Caracas: 1892.

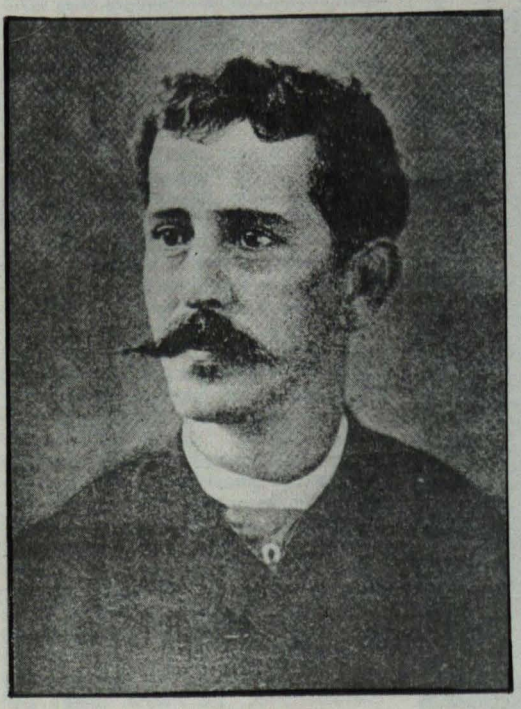
GONZALO PICÓN FEBRES

HISTORIA ETERNA

Era un café destartalado y sucio,
asqueroso y hediondo hasta dar grima,
donde permanente se escuchaba
de la embriaguez la destemplada grita.
Era de noche: en la pared oscura
la escasa luz de un reverbero ardía,
y en el cielo brillaban las estrellas
como un millón de fúlgidas pupilas.
El viejo entró con vacilante paso,
y en la explosión de su mirada altiva
se vió temblar la chispa del talento
más brillante que el sol del Mediodía.
Blanco el cabello, espléndidos los ojos,
demacrada la faz, la frente erguida,
y en la dulce expresión de su semblante
las huellas del dolor y la desdicha.
Pidió un vaso de ajenjo, y tembloroso
metióse en un rincón de la pocilga,
se nublaron sus ojos de amargura
y se pusieron blancas sus mejillas.
Y comenzó á beber, y al par que afuera
resonaba confusa gritería,
el venerable anciano meditaba
en el hondo pesar de su desdicha.
«Yo siento palpitar en mi cerebro
de mi ingenio creador la lumbre viva,
y sé pulsar con mágica dulzura
las melodiosas cuerdas de la lira.
«Mi entendimiento es urna primorosa
que contiene inmortal sabiduría,
y de mi pecho brotan á raudales
fragantes versos é inefables rimas.
«Al sonoro rumor de mi elocuencia
la libertad se encuentra y regocija,
se estremecen los pueblos de entusiasmo
y tiemblan de pavor las tiranías.
«Mi prestigioso nombre es una gloria
para esta pátria espléndida y querida;
mi palabra, la flor de la hermosura,
y un derroche de luz mi fantasía.
«Pero entretanto, el vulgo me desprecia,
la sociedad me ve con torpe inquina,
se burla el industrial de mis dolores
y me hieren los necios con su envidia.»
Dijo, y al punto en lágrimas ardientes
el llanto resbaló por sus mejillas:
llanto que se mezcló con el ajenjo
que la mugrienta copa contenía.
Y al par que el pobre viejo así pensaba
oculto en un rincón de la pocilga,
sin saberlo quizás, aquel brevaje
de lágrimas y ajenjo se bebía.

Nueva York en 1891.

GONZALO PICÓN FEBRES



MANUEL F. AZPURUA

—

Notable pérdida para el arte musical venezolano ha sido la prematura desaparición de este inteligente pianista y celebrado compositor. Hiere la muerte tan á ciegas, que casi andamos ya por odiar su saña, pues parece siempre complacida en destruír lo valioso y meritorio, rehuyendo emplear su guadaña en el aniquilamiento de tantos seres que para la humanidad son abrojos, y que nada representan para nuestro desarrollo científico y artístico. Cuando vemos hundirse en la fosa un talento como el de AZPURUA, sin querer nos damos á pensar cuantos necios vivos podrían canjearse por aquel cerebro muerto; porque nunca podremos conformarnos cuando contemplamos que del árbol robusto y frondoso de nuestra civilización, se desprenden sin vida las ramas que tenían más savia y jugo viril.

De las dotes artísticas de AZPURUA dan cabal idea los párrafos que publicó *La Lira Venezolana*, y que trascribimos á continuación. Los escribió nuestro talentoso amigo Salvador N. Llamozas que conocía á fondo así la persona como las producciones de AZPURUA. De estas publica EL COJO ILUSTRADO *La Charlatana*, danza en que se manifiesta la chispa y originalidad del autor. Van en seguida los párrafos á que aludimos:

"A propósito de Azpurúa, vamos á extractar algunos párrafos de un esbozo que en otra oportunidad publicamos, concerniente á su vida artística.

"Hace tiempo que Azpurúa viene descollando como uno de nuestros más distinguidos pianistas. Su ejecución limpia, vigorosa y afiligranada, al par que la delicadeza y buen gusto con que expresa la idea musical, le han valido repetidos triunfos en conciertos y salones, granjeándole una reputación tan brillante como merecida. Amigo de los efectos originales, tiende siempre á envolver la frase melódica en una cascada de notas que semejan el sonido de las arpas eólicas, el susurro lejano de la floresta.—Azpurúa no es solamente un ejecutante hábil, que interpreta con seguridad y maestría el selecto repertorio de la escuela moderna, sino un fácil improvisador que se entrega á los arranques de su imaginación, y crea sin mayor esfuerzo motivos y variaciones. En un círculo de confianza él forma las delicias de sus oyentes; y es allí donde puede apreciarse su fecunda inventiva.

"Azpurúa ha segado también lauros como compositor, acaso los más meritorios de su carrera artística. En los Certámenes Nacionales ha luchado gallardamente, alcanzando por dos veces la palma del triunfo. Su *trio* premiado sobre aires populares, es una obra de aliento, digna de figurar al lado de las mejores producciones en su género. Los temas están hábilmente desarrollados, y guardan, en medio de la variedad de episodios, la unidad de carácter tan difícil en esta clase de composiciones. En sus caprichos de salón, Azpurúa no ha podido resistir á la mágica influencia del estilo de Gottschalk, cuyos procedimientos mecánicos ha sabido asimilarse sin incurrir en la imitación servil, antes por el contrario, conservando su propia originalidad. No es el primero que sigue la estela luminosa del gran artista americano.

"Entre las diversas composiciones que ha escrito, tiene algunas piezas de baile, muy características y expresivas, que pueden considerarse como verdaderos dijes musicales. A pesar de su forma ligera, contienen muchas bellezas, y están salpicadas de adornos elegantes, llenos de gracia y espiritualidad.

"Dedicado á las faenas del profesorado, Azpurúa ha contribuído notablemente á los progresos del piano, inculcando á sus discípulos los buenos preceptos del arte en la ejecución de este difícil instrumento.

"Jóven todavía, el porvenir le reserva nuevos laureles y más brillantes triunfos."

—

Tabaco y difteria.—Un médico extranjero acaba de descubrir que la nicotina es el mejor remedio contra la difteria. El ha observado que los Tziganes, que tienen el hábito de mascar tabaco son generalmente refractarios á las enfermedades infectivas, sobre todo á aquellas que se localizan en la garganta. Y así el doctor Schevitzer ha tratado de aplicar el tabaco á los diftéricos; sirviéndose para ello de un extracto alcohólico del jugo de esta planta: 2 gramos á 2 gramos y medio del zumo, que se acumula en el tubo de una pipa se mezclan con 34 á 40 gramos de alcohol. Esto se filtra y se obtiene un líquido encarnado oscuro con el cual se untan las partes enfermas. Estas untaduras no provocan ningún síntoma de intoxicación. Además (para los adultos) M. Schevitzer recomienda el gargarismo siguiente, muy superior, según dice, á cuantos se usan hoy día: hojas de tabaco, 2 gramos, puestas en infusión en 200 gramos de agua hirviendo; se filtra y se gargariza.

Este tratamiento, original al menos, ha sido aplicado á sesenta diftéricos, y casi todos, según parece, se han salvado.

—

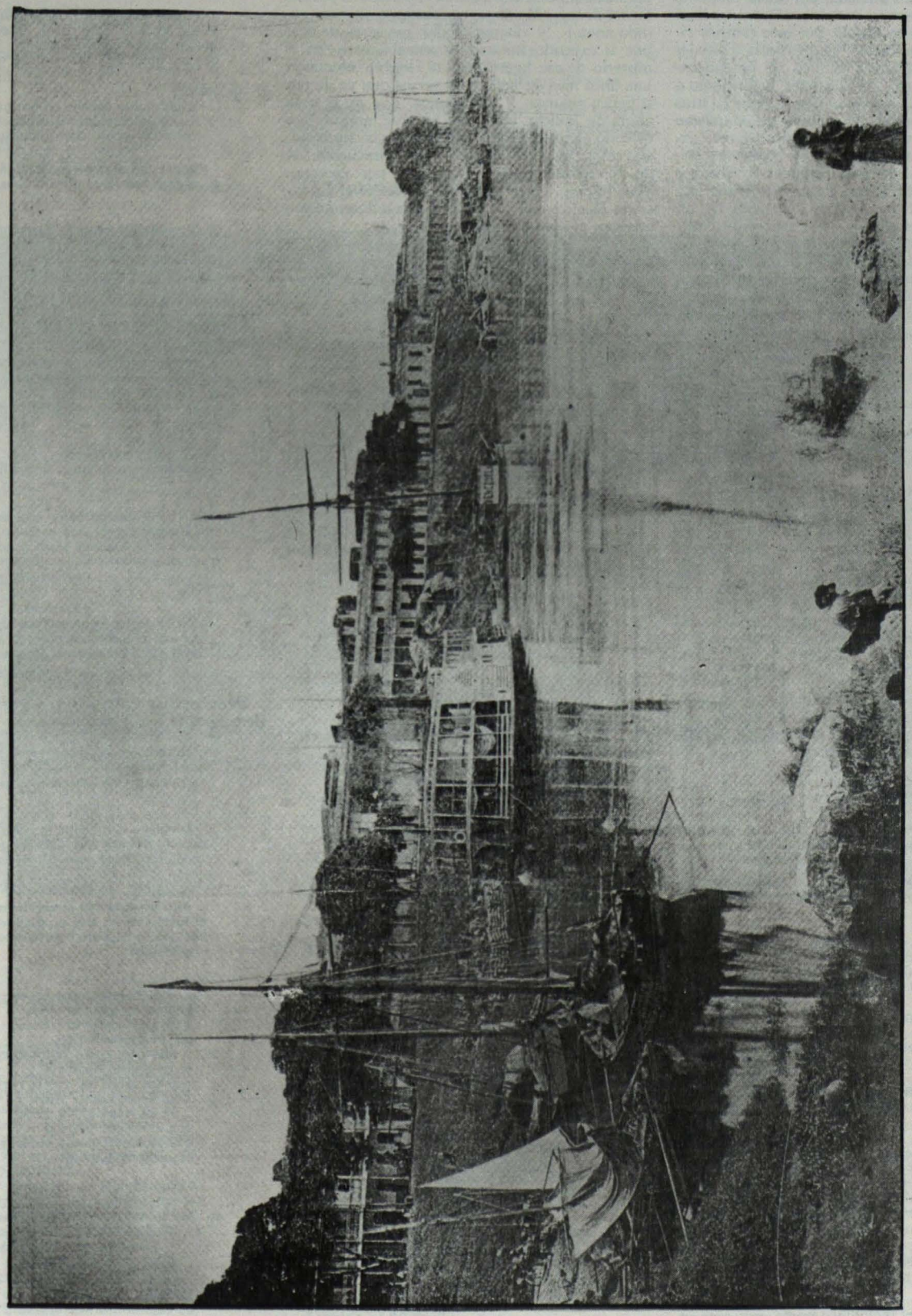
Veneno de las flechas de los Akkas.—Mucho se ha hablado últimamente de los sucesos del Africa central y del famoso veneno de sus flechas. M. Parke, el cirujano de la expedición Stanley, nos proporciona los siguientes informes sobre el origen de este veneno:

Se lo fabrica formando una pasta con un fragmento de la corteza de un árbol, doce hojas verdes de una planta herbácea, gran cantidad de retoños rosados de cierto arbusto, una pulgarada de tallo de otro arbusto y ocho granitos. Con estos ingredientes confeccionan una pasta verde en la cual introducen la punta de sus flechas. Pero este veneno pierde su efecto en tres ó cuatro días; es necesario, pues, tener siempre el repuesto á la mano.

Por los efectos observados en los heridos, este tóxico parece ser en extremo tetánico.

He aquí las plantas utilizadas para su confección: el *Erythroplacum guinceuse*, el *palivota Barkeri*, un *cambretum* indeterminado, un *Strychuos*, y la *Tephrosia* que proporciona los granos (amenudo empleados en Africa para envenenar las aguas).

En suma, la estricnina es la que desempeña el principal papel en el veneno que aterrorizaba á los compañeros de Stanley.



PUERTO DE CIUDAD BOLIVAR

CONSONANCIAS ENCONTRADIZAS

(JUGUETE FILOLÓGICO)

Es un hecho curioso en la poesía castellana el que, jugueteando, nos ocurre examinar ahora: hecho que, tal vez por insignificante, ignoramos que haya sido antes señalado por autor ninguno.

¿No han tropezado ustedes, señores poetas, queridos cofrades en Apolo, por esos campos risueños de la versificación, con estrofas ó pasajes en que hace consonancia el final de un endecasílabo, supongamos, con el primer hemistiquio ó la primera cláusula del verso que le sigue? Otras veces la consonancia se incluye en el mismo verso, ó en otra dirección cualquiera, y en ocasiones, hasta en puros y jenuinos romances. Defectillo parece, ó sombra que empaña la tersura y nitidez de la frase; y con todo, momentos hay en que agracia la expresión, á manera de un lunar en rostro bellísimo y de trasparente cutis. Los italianos pintan exprofeso tales lunares en hermosas poesías. Sin hojear mucho, y recurriendo al primero de ellos entre sus contemporáneos, veremos que el gran Leopardi, parecía complacerse en esas que nos ha ocurrido bautizar *consonancias encontradizas*. Hé aquí unas pocas muestras:

Odi greggi balar muggire *armenti;*
gli altri augelli *contenti*, á gara insieme
per lo libero ciel fan mille giri, etc.

Poi che che crescendo *viene*,
l' uno é l' altro il *sostiene*, e via pur sempre
con atti e con parole, etc.

Tu sai, tu certo, a qual suo dolce *amore*
rida la primavera,
a chi giovi l' *ardore*, e che procacci
il verno co' suoi ghiaci.

Spesso quand' io ti miro
star così muta in sul deserto *piano*,
che, in suo giro *lontano*, al ciel confina, etc.

Che vuol dir questa
solitudine immensa? ed io che *sono?*
Così meco *ragiono:* e della stanza
smisurata e superba, etc.

En otros muchos poetas italianos se encuentran iguales armonías, aunque en verdad, nos ocurre suponer que no fueron solicitadas. En Dante ya pueden notarse algunas:

Che la *diritta* via era *smarrita.*
Lasciate ogni speranza voi che *entrate*

En Carducci hemos notado algunas, y suponemos que no falten en otros muchos de esa nación.

En portugués acaece sin duda otro tanto. Camoens escribió en la tercera octava de su inmortal poema:

E aquelles, que por obras valerosas
se vão da lei da morte *libertando*,
cantando espalharei por toda parte,
se a tanto me ajudar ó engenho, e arte.

Los franceses presentan análogos ejemplares.

Enfin Malherbe *vint;* et le PREMIER en France
fit sentir dans les VERS une juste cadence.

Voulut qu' en deux quatrains de mesure pareille
la rime avec deux sons *frappât* huit *fois* l' oreille.
[BOILEAU].

La rime est necessaire à nos jargons nouveaux,
enfants demi-polis des *Normands* et des Goths.

Elle flatte l' oreille; et *souvent* la césure
plaît, je ne sais *comment*, en *rompant* la mesure.
[VOLTAIRE].

Obsérvese que en éstos dos pasajes, en el postrero sobre todo, los tales encuentros armónicos se multiplican.

En Lamartine, el melodioso poeta, notamos en este sentido efectos admirables. Citemos solamente de su primera *Meditación:*

Je *promène* au *hasard* me *regards* sur la *plaine.*

Ici gronde le fleuve aux vagues *écumantes;*
il *serpente*, et s' enfonce en un lointain obscur;
LA, le LAC immobile étend ses eaux *dormantes*
où l' étoile du soir se lève dans l' azur.

Cependant, s' *élançant* de la flèche gothique,
un son religieux se *repand* dans les airs.

En estos dos últimos versos el efecto de las tres consonancias señaladas nos parece prodigioso. Se oye el tañido melancólico de la campana de la tarde.

En los poetas españoles verdaderamente que tales armonías se nos figuran espontáneas y hasta inconscientes. Muchas, no obstante, hemos podido anotar; y queremos dar muestras de ellas por si cayendo nuestros jóvenes bardos en el misterio de ese ligero resorte, logran aumentar una línea más de belleza á versos que ya de por sí tienen algunas. Y advirtamos, que no se trata ahora de indicar los casos en que, aposta, han querido algunos poetas presentar esas consonancias cruzadas. Los antiguos hacían frecuente uso de tal procedimiento: Garcilaso, por ejemplo. Más después, en el siglo XVII, escribió el Licenciado Dueñas una canción, empleando el mismo artificio, al final de cada estrofa, v. gr:

La noche con su *yuelo*
hiciese de un color todas las *cosas*,
que mis ansias *valiosas* curaría;
y siendo ayer, aun no ha llegado el día.

Sé que es mortal lo que saber no *pude*,
y es campo que no *acude* al que lo siembra;
y por cifrarlo en breve sé que es hembra.

Don Francisco Martínez de la Rosa escribió también otra canción con el mismo sistema:

Mi bien, mi consuelo, mi gloria, mi *vida*,
ven, Laura *querida*, y en plácidos *lazos*
te ciña en mis *brazos*, te estreche, te mire,
de júbilo espire.

Y así otros muchos.

Pero no hablemos de armonías expresamente buscadas. Tratemos de las imprevistas, y vayan por consiguiente algunos renglones al caso.

La canora *armonía*
suspendía de dioses el senado;
y el cielo que *movía*
su curso arrebatado,
el vuelo *reprimía* enajenado.
[HERRERA].

Pues ¡oh dolor tarde temido! el *hado*
pudo *airado* robar la luz hermosa.
[HERRERA].

Viendo las *rosas* que tu aliento cría
como nacen y mueren en un día;
que las humanas *cosas*
cuanto con más encanto resplandecen
más pronto desvanecen:
¡y tú la edad no miras de las *rosas*!
[RIOJA].

En sólo aquél *cabello*
que en tu *cuello* volar consideraste.
[SAN JUAN DE LA CRUZ].

Los cielos con sus varios *movimientos*,
unos *violentos*, otros naturales.
[VALBUENA].

Tu olor en las retamas *amarillas*,
y en *maravillas*, que mis cabras pacen.
[LOPE DE VEGA].

Que desde aquí maldigo
los mismos ojos *bellos*
y *aquellos* lazos dulces y amorosos.
[IDEM.]

Vosotros ¡oh barqueros!
que en aquestas aldeas
dejáis vuestras *esposas*
hermosas y discretas.
[IDEM.]

Porque como la ley estrecha y dura
del consonante no le obliga ó fuerza
con ningún atamiento ni *textura*,
la elegancia y *cultura* en él esfuerza
que supla la sonora consonancia.
[JUAN DE LA CUEVA].

Porque si justo, amor injusto, *fueras*,
ya *tuvieras* pasado el pecho exento.
[F. DE LA TORRE].

En el suelo cayó, como la rosa
que habiendo *sido* en el *florido* prado
del néctar de la aurora sustentado, etc.
[IDEM.]

Dirás que no hay contentos ni *placeres*
en donde no hay *mujeres;* que sin ellas
con soledad enfermo y sano mueres.
[QUEVEDO].

Los árboles movidos por el *viento*
hacen un *movimiento* y un ruído
que embelesa la vista y el oído
[ERCILLA].

Y no sé si pidió de mí venganza.
Pero bien se la *doy:* desde aquel hora
imaginando *estoy* el cómo sea
que por amor á Glauco á Tirsi olvides.
[F. DE FIGUEROA].

A los cuales excede en hermosura
el cisne *volador* del *señor* mío.
[P. DE CÉSPEDES].

Sacude por el *cuello* levantado
el cerdoso *cabello* al diestro lado.
(IDEM.)

Juntos así nos criamos,
y amor en nuestras niñeces
hirió nuestros *corazones*
con *arpones* diferentes.
[GÓNGORA].

Busquemos algunos ejemplos en el siglo decimoctavo.

Queriendo hacer de *persona*
dijo á una *mona:* ¿qué tal?
Era perita la mona
y respondióle: muy mal.
[F. DE IRIARTE].

Y noté unas *pisadas*
bien *estampadas* en la arena fina.
[FRAY D. GONZÁLEZ].

El aire en luz purísima *vistiendo*,
cual *descojiendo* el arco variado
la ninfa de Taumante hácia poniente
trae mil colores con el sol enfrente.
[N. F. MORATÍN].

¿Recuerdas
aquella perfectísima hermosura,
que avasallando humanos *corazones*
de *adoraciones* era imagen pura?
[J. VIERA Y CLAVIJO].

Para concluir tomemos de algunos poetas modernos, españoles y americanos.

Entonces mi fogosa poesía,
igual á tu pincel *omnipotente*,
dulcemente también te agitaría.
[QUINTANA].

Dichoso, si Fortuna tu *carrera*
cortado *hubiera* allí, si tanta gloria
algún fatal desliz no oscureciera.
[BELLO].

Aun no *aguzado* la ambición había
el hierro atroz; aun no *degenerado*
buscaba el hombre bajo oscuros hechos
el albergue.
[IDEM.]

Esos hombres que te ponen
piedras en que tropezar
y de asechanzas te cercan,
no, no *prevalecerán*.
Pasarán, como vislumbres
entre espeso matorral,
que á merced del viento corren,
y no dejan huella atrás
Te *detestarán*, sin duda,
con el rencor infernal
que alimenta contra el cielo
el pecho de Satanás.
[IDEM.]

Del señor de los aires el *aliento*
en las alas del *viento* suspendido.
[HEREDIA].

Tuvo la noche siguiente
lugar la unión *deseada*
callada y modestamente
en capilla retirada.
[J. J. DE MORA].

Un vecino de envidia se moría
viéndole tan fecundo y tan *lozano:*
él ni *manzano* ni corral tenía.
[HARTZENBUSCH].

¡Oh, que del alma *mía*,
pobre *Lucía*, te arrancó la muerte!
[ESPRONCEDA].

El prado está sin verdura,
y los jardines sin flores;
no cantan los *ruiseñores*
amores en la espesura.

[ZORRILLA].

Del alma las sin par *aspiraciones*,
las *emociones*, blandas cuanto puras.

[H. GARCÍA DE QUEVEDO].

¡Fernando! ¿qué corona
al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos *galardona*?
¿Bastará tu *corona*, que empeñada
con todo su poder se vió en Granada?

[BARALT].

Del Tajo en la ribera, así la *Cava*
triste le *hablaba* á don Julián sombrío,
ocultos en un soto que formaba,
entre dos orlas de álamos, el río.

[CAMPOAMOR].

Si el sol de *primavera*
en la *pradera* posa
la mirada amorosa,
florece la pradera.

[J. VALERA].

Esto pensaba, viéndome *soltero*,
en las noches de *Enero*, en que aterido,
al volver del gran baile con el alba,
me tendía en mi lecho fementido,

[EUSEBIO BLASCO].

Tú amas, Tarde, al sol que *viste*
que te deja *triste* y sola;
yo ví también, y amo á Lola,
que me deja solo y triste.

[ELOY ESCOBAR].

Creemos que, empleados con grande oportunidad, mesura y parsimonia, esos armoniosos tropezoncillos no carecen de alguna gracia.

E. RIVODÓ.

La Guaira, 19 de abril de 1892.

LA FLOR DEL ALMENDRO

Antes de aparecer la primavera,
Cuando el granizo aún el campo azota,
Delicada, imprudente y pasajera
La flor nevada del almendro brota.
Y el labrador alegre á verla alcanza
Como emblema feliz de su esperanza;
Mas cuando apenas á la luz tranquila
La tierna flor de cándida pureza
A abrir el cáliz pudoroso empieza,
Sobre las ramas trémula vacila:
Y hacia la verde hierba revolando
Cual bandada de blancas mariposas,
Cual nieve en copos, ó esparcidas rosas,
Cae de los vientos al impulso blando.
Tan fugitiva así, tan pasajera
En medio del dolor audaz se lanza
Y cae antes de ver la primavera,
Cual la flor del almendro, mi esperanza.

JULIO CALCAÑO.



LA ALAMEDA DE CIUDAD BOLIVAR [INUNDADA]

UNA CORRIDA DE TOROS

Yo que nací, señores,
Muy lejos de la tierra de los lores
Y que no soy tudesco, ni en mi porte
Muestro tener parientes en el Norte,
Pues en mi sangre siento
De la raza moruna el ardimiento;
Yo que, á decir verdad, tengo cumplida
Casi media centuria de mi vida,
Y que, por consiguiente,
Nadie puede tacharme de imprudente,
Ya que en aqueste tiempo turbulento
Por los años medimos el talento,
Pues nos basta ser viejos ó callados
Para ser unos sabios consumados,
Voy á llenar el mundo
De un asombro profundo
Cantando la terrible batahola
De los toros lidiados por la cola.
Era la tarde de un hermoso día
En que todo convida á la alegría;
El sol recoge un tanto
Su comburente manto
Y por los aires trina
Sus cantos lastimosos
En dejos amorosos
La tierna golondrina:
Mil bellezas galanas
Adornan las ventanas
De cuatro calles reales
Cercadas por los puntos cardinales.
Ello es que había novillos
Con lazos en los cuernos, amarillos,
Juntos en el toril, como en chiquero.
La tarde, lo olvidaba, era de enero.
Pues, señores, al caso!
Veinte potros al paso,
Rucios, zainos, overos,
Van montados por sendos caballeros,
Llamados en la silla hacia adelante,
Con un aire triunfante,
Como que en tales sustos y tropeles
Han de segar manojos de laureles.
El uno allá en la esquina
Requiere una pretina
Y ajusta por entero
La robusta cintura con un cuero;
El otro que la cincha siente floja,
Del caballo se arroja
Y alzando la coraza con la frente
La aprieta fuertemente;
Que es cosa dura y de muy mal agüero
Salirse por las ancas de un trotero;
Cuál, viendo á su querida
Tras la reja escondida,
Ase del hierro con robusta mano,
Sobre un estribo, ufano,
Descuelga el cuerpo todo
Con garbo y de tal modo
Que escuche la querella
De su amorosa bella
Para que no se exponga de tal suerte
A recibir la muerte;
Todo con gran secreto,
Que es hombre el coleador asaz discreto.
Mas ¡ay!... que ya revienta,
Enhiesta la cerviz, alta la cola,
Cual bala de pistola,
Un novillo de cuenta,
Rasgando el aire con la hendida planta
Con tal velocidad, con furia tanta,
Que la calle despeja
Y todo el mundo ceja
Huyendo cual bandada de palomas;
Que la fiera, por Dios, no está de bromas.
Oh! si me diera el numen que me inspira,
La sonorosa lira
Con que del mismo infierno
Sacó un marido tierno
A su mitad querida,
(Gran maravilla de una edad que es ida)
O siquiera el salero
De Píndaro ú Homero,
Para que resonara la voz mía
En Rusia, en Australia y en Turquía!
(Y no hablo aquí de chanza,
Que bien valen dos cuernos una lanza.)
¿Quién un toro que cuenta seis abriles

No contempla en la cólera de Aquiles?
¿Y arrastrando á un ginete,
No hiciera el toro al fin con el pobrete
Lo que el griego inhumano
Hizo por gusto al capitán troyano...?
Pues como iba diciendo de mi cuento,
Más ligero que el viento
Corría desalado
Un novillo encerado,
Y detrás, cual cohetes,
Un grupo de ginetes
Disputando con voces y con maña
La cola de la rápida alimaña:
Horrible trance, fiero,
Para el toro, caballo y caballero.
En ese crudo instante
No hay nada que no espante
A los espectadores,
Ni que arredre á los bravos coleadores,
Que para ver contentas á sus damas
Son hombres que se arrojan á las llamas.
Firmes en los arzones,
Recogido el aliento,
Sin compasión ni tiento
Aguijan sus bridones
Y aprietan las rodillas
Y crujen de los potros las costillas;
Que les va en su destreza
El puntillo de honor y la cabeza.
¡Oh Júpiter tonante!
Tú que, á más de ser Dios, fuistes amante
Y amante tan ladino,
Que andabas de contino
Saciando tus pasiones
Con mil transformaciones;
Tú que, por más decoro,
Te convertiste en toro
Por libar del placer la dulce copa
Con la divina Europa:
Haz que mi musa tímida
Me inspire cantos épicos
Y encienda el estro bélico
Bajo apariencia insípida,
Para que el mundo estático
Halle versos magníficos,
Punzantes y dramáticos
Y un sí es no es satíricos,
Pues ¡por tu nombre! que llegó el momento
En que yo he menester tu valimiento!
Dejamos, cual azores
Tras el ave altanera,
Persiguiendo la fiera
A muchos coleadores.
Tres descuelgan los brazos
Expuestos á morir en mil pedazos;
Mas el que lleva el toro á la derecha,
La ocasión aprovecha
Y hace suya la gloria,
Porque mira segura la victoria.
Empuja su corcel, tiende la mano,
Toma la cola de que está sediento,
Y, lleno de ardimiento,
Jura entre dientes no soltarla en vano;
Y dobla la carrera,
Que llegan de la valla á los confines;
Ase con la siniestra de las crines
Que acarician las hastas de la fiera,
Y con la fuerza ingente
De un semidiós potente,
Tira con tal empuje y tánto cierra,
Que va rodando el animal á tierra;
Y al estruendo que causa la caída
De la bestia vencida,
Un grito clamoroso
Resuena en aquel coso,
Proclamando al autor de tal coleada
El rey de la jornada.
En tanto el vencedor detiene el potro,
Mira á un lado y á otro
Y lo revuelve al paso
Al lugar del fracaso,
Mirando de soslayo
Los cascos de su bayo
Y flotante la negra cabellera;
Que el sombrero voló con la carrera.
No se detiene allí; sigue y pasea
La calle en que coleó, porque desea
Que quien le viera en tan temido instante,
Ora contemple su triunfal semblante,
O, más que todo, porque su Narcisa
Le regale al pasar una sonrisa.
Quede, pues, entre tanto
El fuerte coleador envanecido
Con el triunfo obtenido,
Y vuelvo yo á mi canto;
Que allá miro á sus otros compañeros
Convertidos ahora en rejoneros,
Pues tal fué la caída,
Que triste y abatida
Yace la res mugiente
Con el dolor que siente:
Zafadas las pezuñas,
No hay palancas ni cuñas
Que obliguen á la fiera
A lanzarse de nuevo á la carrera;



UNA CORRIDA DE TOROS

Mas, ¿qué importa que el toro lastimado
Yazga en el empedrado,
Desangrándose el mísero á torrentes,
Si quedan por colear aun otras gentes?
¿No fuera al hombre en mengua
Mostrarse compasivo
Al dolor excesivo
Que no expresa la fiera con la lengua?...
¡Alza! ¡arriba animal! gritan en coro,
Las turbas que se apiñan junto al toro;
Híncanle con mil puntas aceradas,
Y su saña inclemente
Hiérve en imprecaciones y pedradas.
El animal paciente
Lanza al aire mugido lastimero;
Procura levantarse, mas en vano,
Que ya perdido su vigor primero,
No puede complacer á su tirano;
Y es mucho que no deje por despojos
Líquidos los cristales de sus ojos.
Vuelven, pues, al toril: sale un lebruno
Que al mismo destapar ensarta á uno;
Y es gusto ver entonces las ventanas
Cuajadas de levitas y sotanas
Y, salvando la piel en los zaguanes,
Damas acicaladas, ganapanes,
Ministros y manolas;
En fin, las calles solas,
Pues, como llevo dicho,
A todos infundió respeto el bicho.
El mísero corneado,
A una casa vecina trasladado,
Pide en su desventura
Los auxilios del médico y del cura:
¡Empeño vano! pues, por más que quiera,
No hay medio de salvar la talanquera.
En tanto las carreras y los gritos,
Los tambores y pitos
Y un chubasco de frases coloradas
Aturden las cabezas más templadas;
Y para hacer mayor la barahunda,
La gente vagabunda
Echa fuera del coso
Un torito barroso,
Bichito de cosquillas
Que un caballo cogió por las costillas.
En fin, la misma escena
Se repite mil veces;
Se rompen los jaeces;
La música resuena;
Aquí se vé un herido
Y más allá un contuso,
Pero no hay que asombrarse: ese es el uso
Y lo más halagüeño y divertido.
Mas ¡oh dolor! del negro manto el broche
Va soltando la noche;
Ya suenan las viguetas desatadas
De las empalizadas;
Se llevan el ganado
Sangriento y aporreado,
Que al día siguiente en condiciones tales
Se engullirán los míseros mortales;
Y por postre y final se escucha el bando.
Cornetas y tambores,
Y voces y clamores,
Acompañados de instrumentos raros
Que llaman en la tierra *guarataros*,
Van por todas las calles proclamando
Los capitanes que en el día siguiente
Se han de encargar de divertir la gente.
Tres son nombrados para los novillos,
Y tres para la música y cohetes;
Luégo damas que adornen los ginetes
Con lazos colorados ó amarillos,
Y tres personas más, las más cuitadas,
Se encargan de poner empalizadas;
Dando por fin aquella chamuchina
Un viva en cada esquina,
A los claros varones
Que han merecido tales elecciones.
¡Oh distracción preciosa,
La más grata y sabrosa
Que pueden contemplar humanos ojos!
Casi me dan antojos
De retar á los pueblos de la Europa,
Que marchan viento en popa,
A que digan si puede haber cultura
Donde no hay coleadura,
O si pueden marchar artes y ciencias,
Sin aquestas torunas emergencias.
Yo pues, que sólo he sido
Un narrador cumplido,
Doy gracias al Eterno,
Pues que, por su bondad ó su clemencia
Escribo aquí donde la misma ciencia
No vale tanto como vale un cuerno.

JESUS M. SISTIAGA

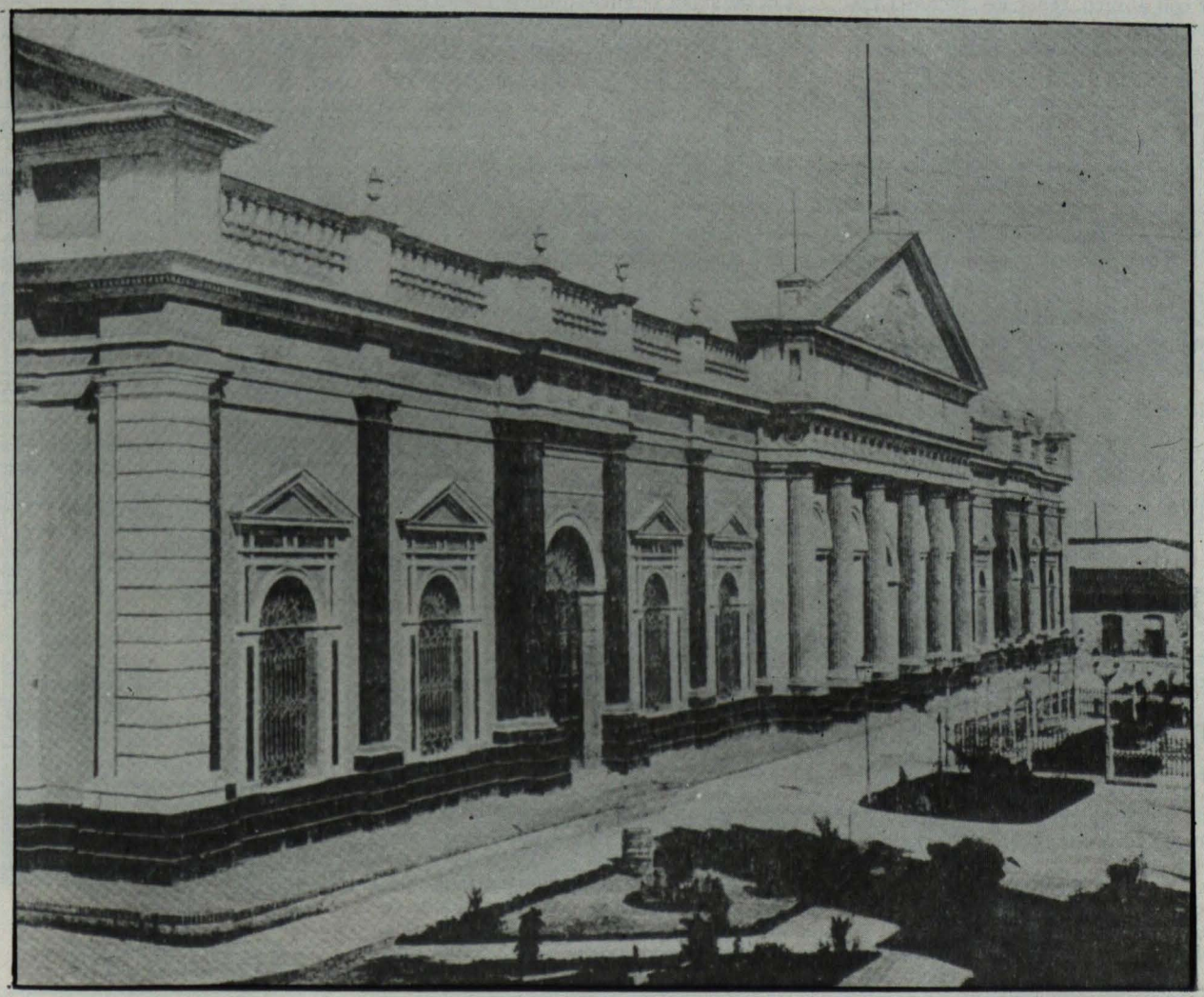
LA CRUZ

—

SONETO

Cayó Jerusalén, se hundió su gloria
Ante la hueste innúmera de Tito;
Y su pueblo infeliz de Dios maldito
Vaga errante llorando su memoria.
En tanto el alma Cruz, desde la escoria
Se levanta gloriosa al infinito,
Y de esfera en esfera se oye el grito
Que sublima su espléndida victoria.
El vano orgullo ante su faz se humilla,
Y feliz á su amparo señorea,
Reina en la tierra, la virtud sencilla.
¡De gente en gente bendecido sea
El sacrosanto símbolo, do brilla
El regio sol de la divina idea!

DOMINGO GARBÀN.



CARACAS — EL CAPITOLIO

LO QUE VA DE AYER A HOY

Hay quien se figure que la cosa esa que llamamos progreso es el fruto de una planta que crece por *intus-suscepcion* y lo produce sin necesidad de cuidados, ni riego, ni cultivo de ninguna especie.

Y nada tiene eso de particular, desde que hay quien crea á pie firme, que existe un árbol gigantesco que se llama *la mata de pan de trigo*, el cual, en ciertas épocas, se carga de barriles de harina.

No me atrevo á contrariar esta creencia, antes por el contrario, me inclino á tenerla por bien fundada, pues si no he visto *la mata*, veo sus frutos á cada paso.

La riqueza súbita ¿qué es, sino la posesión de ese árbol misterioso? La riqueza es el fruto, luego existe el árbol.

Y la riqueza, súbita ó no súbita, es un signo de progreso.

Visto está, pues, que progresamos.

Acostarse *limpio* y levantarse *sucio*, eso es avanzar con pasos de gigante.

Y este progreso se debe al sistema moderno de educación que nos hace ver de bulto la necedad de los hombres de antes, y la sensatez de los hombres de ahora; necedad y sensatez ante las cuales es forzoso exclamar: «Lo que va de ayer á hoy.»

¿Qué adelantos pueden citarse en un pueblo cuyos moradores no se atreven á nada? ¿De qué progreso pueden envanecerse los que viven vida de *limpieza?*

Allí no hay, no puede haber progreso.

¿De qué paso, en el camino de la civilización, puede jactarse un pueblo que no sacude la coyunda que le impusieron sus antecesores?

En ese pueblo no puede haber adelanto social en el sentido de la moderna democracia.

Ese pueblo se sustrae á la ley de las sociedades y se condena al *statu quo.*

Tal era la Venezuela de aquellos tiempos que los viejos han dado en llamar benditos.

Todo daba la espalda entonces al progreso.

El gobierno era refractario: llenas de oro las arcas nacionales, no se atrevía á decretar ni siquiera la erección de una fachada, so pretexto de que el gasto no constaba en el presupuesto. Aquello del presupuesto era una majadería. ¿Por qué no disponer de lo que pertenece á todo gobierno?

Los ciudadanos eran refractarios: todos se cosían á la letra de la ley, no con simples bastas, sino con pespunte fino, y no había quien los hiciera salir de sus casillas, en las cuales se encerraban so pretexto de que la ley debe respetarse. Aquello de la ley era el colmo de lo estúpido. Qué ciudadanos tan brutos!

Tal gobierno, tales gobernados!

Y aquello, todo, era el efecto de la educación nada á propósito para formar ciudadanos capaces de iniciativa, capaces de adelanto, capaces de movimiento acelerado.

Los ciudadanos que han de ser los conductores del progreso de los pueblos ¿se forman, acaso, en las costumbres patriarcales, sin el ejemplo de la arbitrariedad discrecional que los haga aptos para toda empresa, para toda innovación, para todo proyecto en favor de los intereses procomunales?

Se figuraban aquellos hombres que el progreso había de venir por sí mismo, como aparecen las enormes nueces en la copa del alto cocotero.

Esperaban que el maná les bajara del cielo, por su bonita cara.

¿Qué podían hacer aquellos hombres cuya niñez y cuya juventud habían pasado en esas prácticas que excluyen la libertad y entrañan la obediencia?

Rezar todas las noches, pedir la bendición á papá y á mamá, acostarse tras la temprana cena, levantarse con el alba, aprender lecciones de moral, ignorar las interjecciones varoniles, tan necesarias, explicar la posesión de una peseta.—«¿Quién te la dió?»—«Mi padrino.»—Y sufrir bárbara tunda si resultaba que la tal peseta había sido tomada del lugar en donde quedó mal puesta. En eso se pasaban los años de la niñez.

Educaban á los niños en el temor de Dios!

Hoy los educan en el valor, para que no le tengan miedo ni á Dios, ni al diablo, lo cual es sin duda más republicano.

Respetar á los maestros y catedráticos,

estudiar con ahinco, tener los modales restringidos de la Urbanidad, llevar la sonrisa en los labios al lado de la verdad desnuda, llamar las cosas por su propio nombre, sin disfrazarlas siquiera por conveniencia, pedir licencia al padre para ser hombre, esto es, para hacerse la primera barba, solicitar permiso del papá para ir á un baile, recogerse á las nueve de la noche, so pena de rigoroso castigo, arrojar el cigarrillo al divisar *al viejo*, allá en la esquina, sujetarse á las prescripciones paternas, hasta para casarse. . . En eso se pasaban los años de la juventud.

Educaban á los jóvenes en el ejemplo de una cosa que llamaban moral cristiana.

¿Para qué habían de servir aquellos hombres?

Hoy los educan haciéndoles comprender que la moral no hace mucha falta y que todo, absolutamente todo, se halla subordinado al revólver, lo cual está más en consonancia con el espíritu del siglo.

Hombres educados así, sirven . . . para todo!

Todo ha cambiado, porque ha cambiado el sistema de educación que, de haber seguido, nos habría llevado . . . al hundimiento. No figuraríamos hoy como nación de sensatez y de orden.

Por razón del moderno sistema, hemos llegado á la cúspide altísima del progreso social, político y económico.

Mire usted!

Antes no hallaba usted con quien tomar un trago—nadie bebía—como si el ron y el brandy hubieran sido venenos.

—Ven, joven, acompáñame á tomar una copa.

—Nó, gracias, á papá no le gusta.

Y ahora, á cada vuelta que usted dé, encuentra jóvenes de finura exquisita, jóvenes educados, jóvenes complacientes que lo acompañan á usted no sólo á tomar uno, sino muchos tragos; y si no los encuentra usted en la calle, es porque están. . . en la cantina.

Era de verse el encogimiento ridículo de algunos mozos que no se atrevían á pedirle á usted la candela, sólo porque tenía usted algún grado universitario ó porque usted peinaba canas. Ahora es otra cosa. El progreso ha estrechado las distancias y borrado las categorías: tan hombre es el ignorante como el sabio y tan ciudadano es el joven como el viejo.

Y le detiene á usted, con toda campechanía, el imberbe más imberbe, y le pide la candela y enciende su cigarro, y le deja á usted plantado!

¿Cómo podía progresarse en aquellos tiempos de oscurantismo en que todo estaba restringido y no había estas libertades encantadoras?

Pero ¡qué mucho, si hasta en los bailes hallaba usted algo de triste monotonía!

¡Qué de requisitos y qué de miramientos para tratar á las damas, como si las damas no fueran ciudadanas iguales á los hombres!—«No debe usted bailar más con esa señorita . . . eso es llamar la atención. No debe usted hacer esto. No debe usted decir aquello.»—¡Qué de dificultades! Eran los bailes de la majadería!

Y luego ¿quién le veía á usted, quién le prodigaba aplausos? No había barra.

Ahora se maneja el pandero de otro modo, y baila usted hasta el amanecer, con la misma señorita y hace usted lo que le da la gana y cuenta usted con la bulliciosa *barra* para que le aplauda y para que le acompañe en los tragos *extra baile* y para que sostenga la chacota.

¡Qué admirable es una barra!

No hablo de la de Maracaibo, donde debieran estar los amigos de ella.

Hablo de ese grupo campechano que invade las ventanas de las casas donde se baila y que, en ejercicio de su soberana autonomía, mira, habla, ríe, chacotea, llama, pide, grita, aplaude, insulta. . .

Y no me ocurre la idea de que el jefe de la casa, dándose por ofendido, salga con un *araguaney* á despejar el campo. ¿Por qué? Ese grupo está en su derecho. ¿No quiere usted que haya barra? Pues no dé usted bailes.

La libertad no tiene límites, y el adelanto del siglo y las prácticas modernas han establecido que cada cual puede hacer lo que le dé su gana, aunque haya perjuicio de tercero.

Esas cosas que llaman respeto social, urbanidad, cultura, civilidad, cortesía, etc., excluyen la libertad, y sin libertad no hay progreso.

Demos, pues, al traste todas esas ridículas gazmoñerías de antaño, para que podamos envanecernos del adelanto que hemos alcanzado, y tengamos razón para exclamar: «Lo que va de ayer á hoy.»

HÉRCULES.

Receta contra las mordeduras de culebra.—Hágase una solución de un grano de extricnina en 240 de agua; mézclese con un poco de glicerina, é inyéctese hipodérmicamente á intervalos de 10 á 20 minutos, según la gravedad del caso, y en porciones de veinte gotas. Ambos venenos se neutralizan; y al tener esto efecto, que es cuando comienza la extricnina á manifestarse en espasmos, suspéndase la medicación. De cien casos graves el Dr. Mueller, en Australia, salvó 99.

CHARADAS

—

Es la *prima* consonante,
la *segunda* lo es también,
tercia llaman á los toros
y *todo* población es.

—

En los tiempos en que estamos
cualquiera *dos prima tercia*,
en verano ó en invierno,
en la *todo* de una iglesia.

—

Despacio y con mucho modo
prima dos tres ese *todo*.

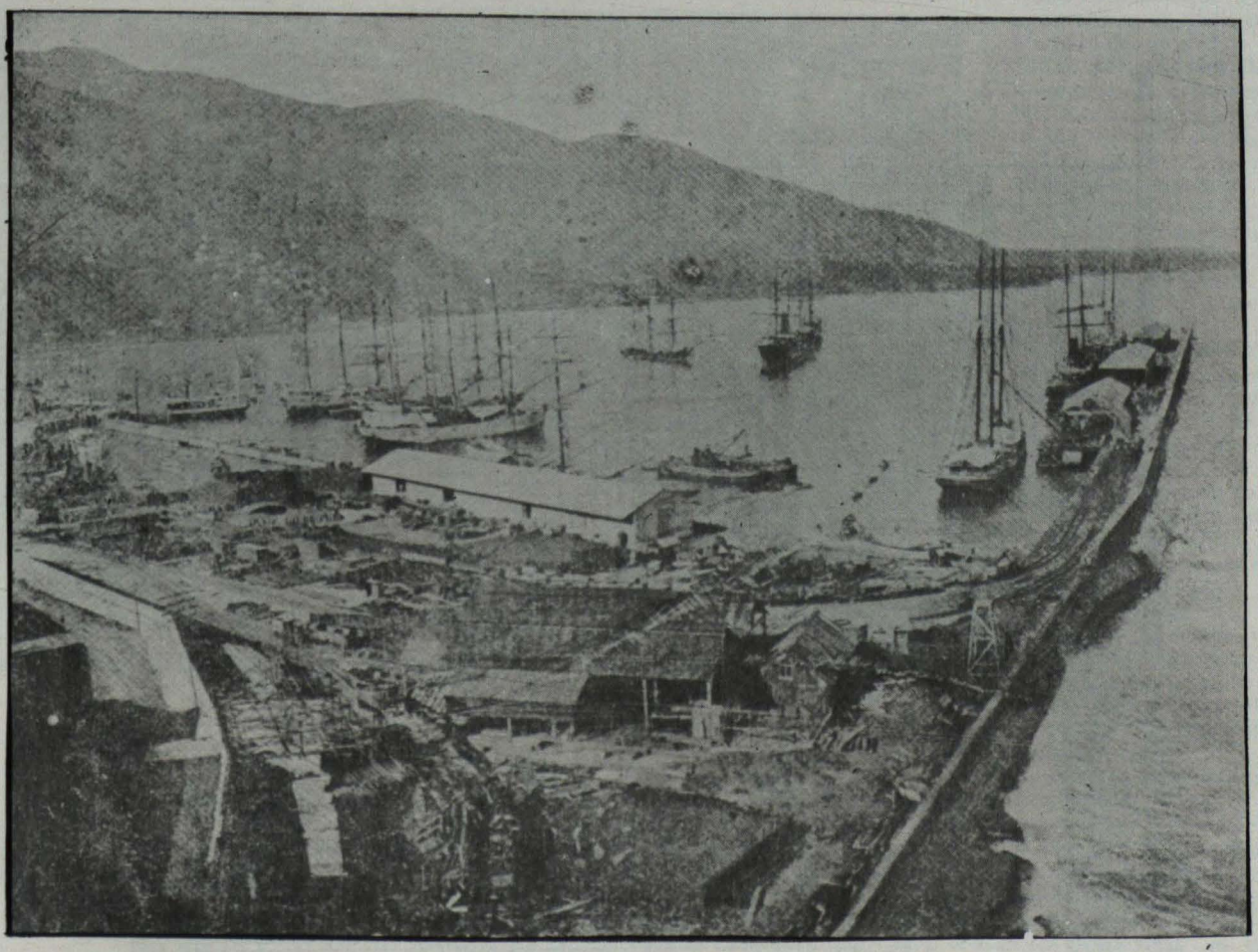
—

Solución á la Charada del número anterior

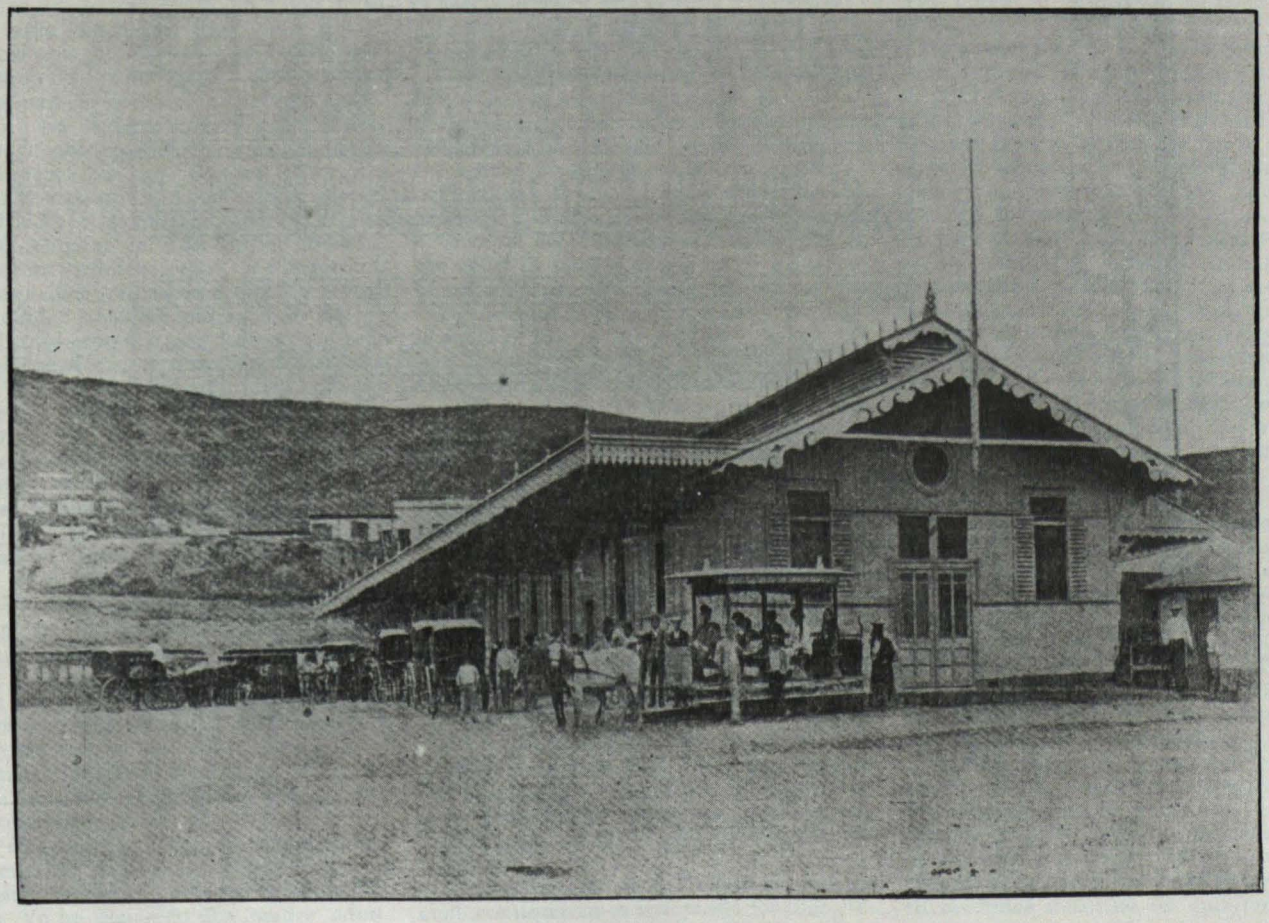
Amargura.



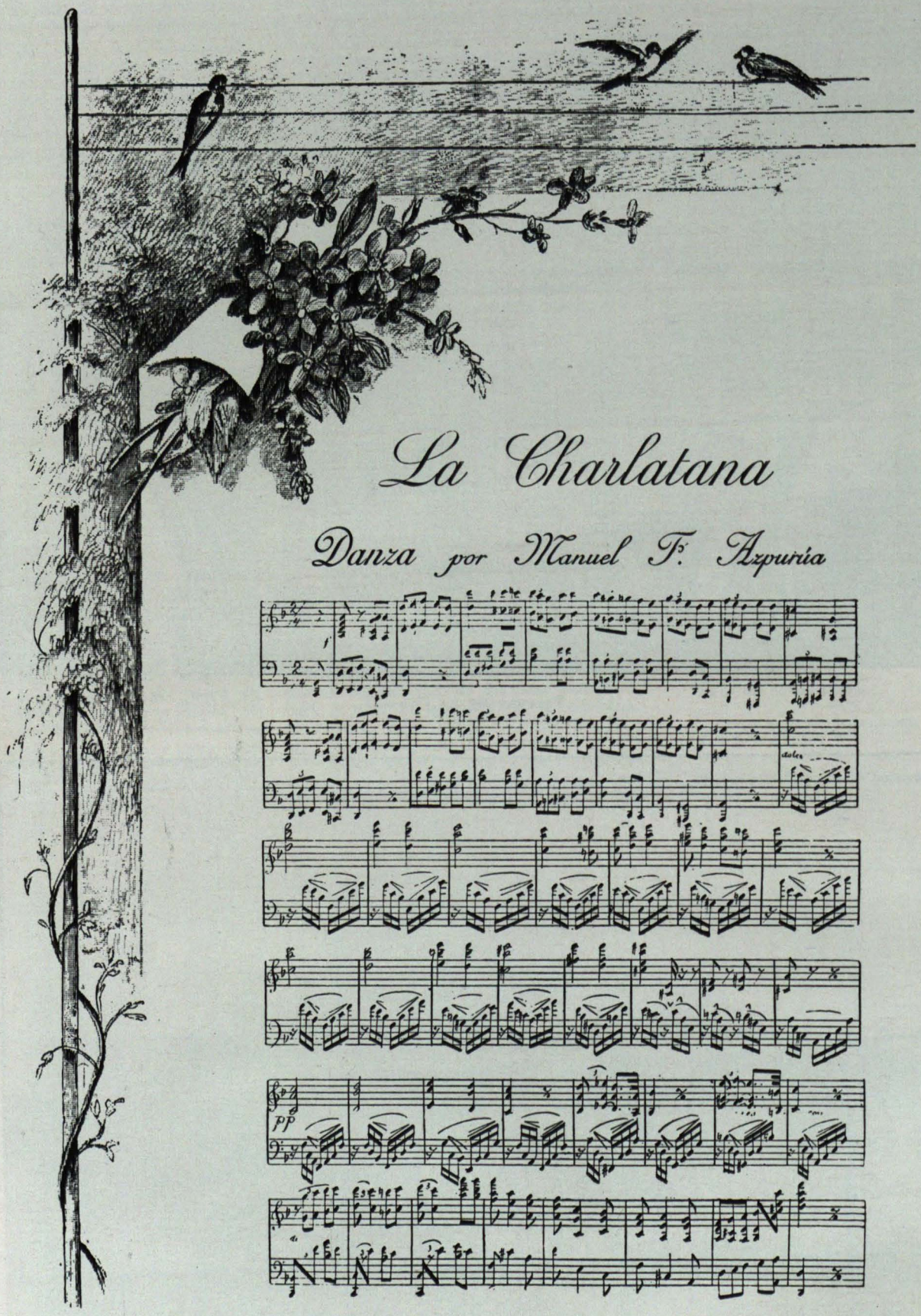
TRABAJADORES EN UN RANCHO [*De fotografía de Lessmann*]



TAJAMAR DE LA GUAIRA



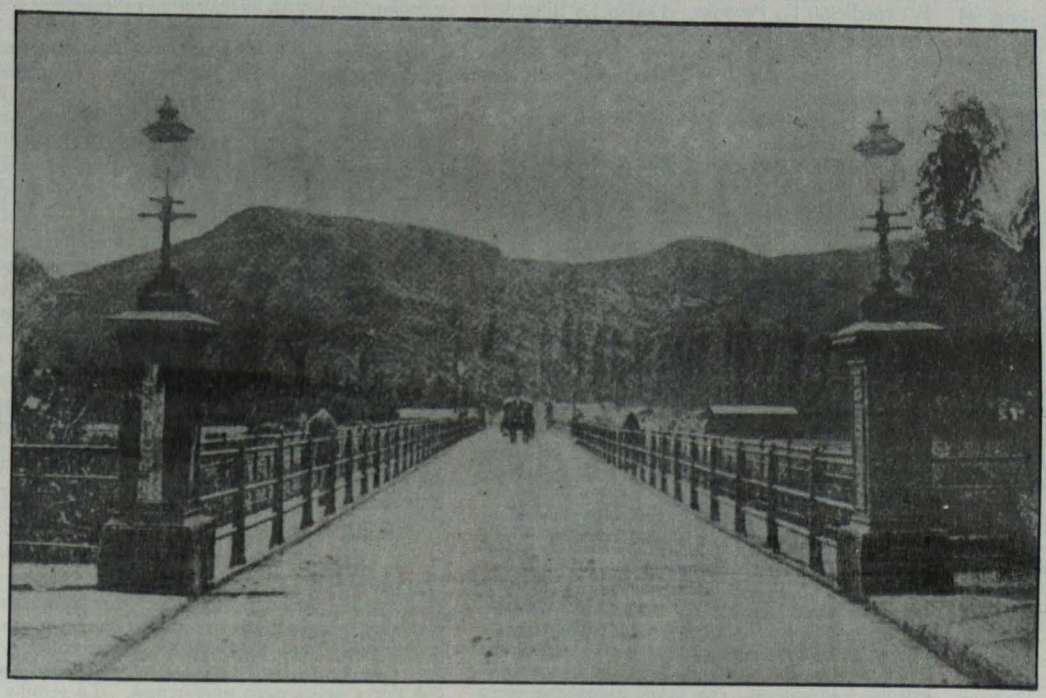
CARACAS. — ESTACIÓN DEL FERROCARRIL DE LA GUAIRA Á CARACAS



La Charlatana

Danza por Manuel F. Azpuria

pp



PUENTE DE HIERRO (*De fotografía de Lesmann*)

EL TOCADOR

ASEO DEL CUERPO

CONSEJOS ÍNTIMOS É HIGIÉNICOS

«El aseo, ha dicho Alejandro Dumás, es una media virtud, el desaseo es un vicio y medio.» Esto no es todavía bastante: el desaseo es un *feísimo* vicio, un vicio innoble, y nada me ha admirado más que el que vicio semejante pueda ser reprochado á las mujeres, sobre todo, visto nuestro deseo de parecer bellas y de hacernos amar.

Fue en las tinieblas de la edad media cuando se osó condenar el aseo como un resto funesto de los tiempos antiguos (cuando la humanidad, más sabida, practicaba el baño y las abluciones) fue en las horas tenebrosas de este millar de años cuando esta virtud se reputó de impiedad.

La impiedad, por el contrario, consiste en no cuidar nuestro cuerpo, este cuerpo que debemos *diariamente* desembarazar de las suciedades que le imponen las condiciones de la vida terrestre, en el período en que nos hallamos de la existencia del planeta.

Todavía hoy, las jóvenes salen de los conventos, de los grandes colegios, con nociones deficientes sobre el aseo, y ello se explica. Pero cuando tornan á casa de sus madres, éstas descuidan sistemáticamente, el enseñarles tan importante parte de la higiene y el hacerlas adquirir hábitos de limpieza que ellas mismas han obtenido á menudo poco á poco, y no sin humillaciones, á veces.

Para continuar siendo el sér adorable que nos forjamos, la mujer debe mantener toda su persona en un estado de exquisita y refinada limpieza. Rechacen, pues, las madres la tonta gazmoñería que en esto las aconseja.

Un cuerpo limpio es el complemento indispensable de una naturaleza casta, de un espíritu reservado, de los modales decentes. Yo he conocido una madre admirable, danesa de origen, inglesa por educación, francesa por corazón y matrimonio; era esta una mujer pura en toda la acepción de la palabra, que temía siempre faltar al honor femenino; pero ella tenía en tal alto grado, la pasión del aseo, que había sabido inculcarla y arraigarla en sus hijos, varones y hembras, con toda la delicadeza de su tacto maternal. «No he podido comprender jamás, decía ella, que fuese posible el dejar de conservar sin mancha alguna el cuerpo, tanto como el alma ó el espíritu.»

Los romanos se lavaban el cuerpo antes de entrar en el templo.

Observad las religiones orientales, que prescriben la ablución antes de la oración. Esta regla, tan higiénica como religiosa, no demuestra claramente que la pureza física debe acompañar la pureza moral?

El Corán no cesa de recomendar los baños.

Cuando de tal modo nos hallamos, en multitud de puntos superiores á los orientales, habremos de quedarnos en asuntos de tal naturaleza por bajo y muy por bajo de ellos?

Los médicos que han visitado, no digo á aldeanos, pero aun á familias de la burguesía han podido comprobar que nos hallamos todavía en un estado poco adelantado de limpieza. Pero cómo es que los que cuidan del cuerpo no enseñan esta «media virtud» física, lo mismo que los médicos del alma predican la pureza del corazón y del espíritu. Tiempos atrás, difícil era sin duda comprender aisladamente estas limpiezas; y para probarlo me basta aquella superstición normanda, que existía sesenta años há, y que quizás existe todavía: á cualquiera que se hallase próximo á morir, se le traía inmediatamente una gran ponchera de agua clara «á fin de que el alma pudiera lavarse antes de partir.» Yo encuentro en esto algo así como símbolo de las antiguas religiones que prescribían abluciones como medio de purificación, disimulando la ley higiénica bajo la ley teocrática.

Y en estos tiempos de brillante civilización continuarémos ignorando las más elementales reglas de la *dignidad humana*?

Los animales que no tienen nuestras manos, ni disponen de ninguno de los medios que facilitan los cuidados del aseo, limpian su cuerpo, lustran su piel ó su plumaje, por instinto higiénico, y el hombre, rey de la naturaleza, por la razón y la divina inteligencia, descuidaría el aseo del suyo! La mujer, maravilla de la creación, soportaría que su piel suave y tersa como el raso, de nacarados reflejos, se viese afeada por sucias manchas! Nó, nó, el noble cuerpo humano debe ser *religiosamente* aseado, por la noche y por la mañana, de acuerdo con las leyes animales y materiales á que se halla todavía sometido.

Mientras no seamos espíritus puros, mientras debamos vivir como hombres, forzoso será someternos á nuestra condición, mejorándola cuanto sea posible.

Y el aseo, creedme, nos acerca por sí mismos á los ángeles de la luz, mientras que el desaseo nos retiene por el contrario en las impurezas del barro original.

El aseo es indispensable á la salud y á la belleza.

Una mujer que abre los poros de su piel, bañándose todos los días con agua fría ó tibia, se conserva saludable y envejece menos rápidamente. Bajo los poros cerrados de una piel que no se lava ó que se lava con escasa frecuencia, las carnes se tornan lacias y blandas.

Una piel bien limpia es suave, tersa, fresca; una piel en que la transpiración y el polvo se acumulan se pone seca y febril.

Pero no es cosa fácil para la generalidad, dirán algunos, el tomar baños, diariamente, pues el tiempo y los aparatos necesarios faltan á veces. A esto contestaré que el baño de esponja—suficiente por lo que respecta al aseo—no exige sino breves instantes y un rincón sin testigos. Si aun fuese difícil disponer de estos breves instantes para el baño completo todos los días, no será imposible destinar unos minutos para tomarlo parcialmente: ya que las distintas partes del cuerpo requieren mayores cuidados unas que otras. Luego, una ó dos veces por semana, al menos, será indispensable *robar* á nuestras ocupaciones ó negligencia los pocos minutos necesarios para el *baño general*. He ahí el *mínimum* de lavatorios que el aseo de nuestro cuerpo reclama.

Difícil sería fijar el *máximum* de limpieza, toda vez que en este particular no puede haber abuso. Hay personas tan en extremo aseadas, que se lavan todas las mañanas el esófago, el estómago y los intestinos, bebiendo un vaso de agua fría ó tibia, según el estado de su salud; otras recurren al instrumento de Molière tan sólo por medida de limpieza. Ya podéis imaginaros por esto cómo se ocuparan en asear su cuerpo exteriormente.

El más pequeño descuido referente al aseo es de todo punto censurable. Nosotros nos faltamos á nosotros mismos, si no respetamos nuestro cuerpo y lo mantenemos rigurosamente limpio y sin mancha. Y cómo sabe la naturaleza castigar este *delito*, enviándonos multitud de enfermedades y una vejez prematura!

Las inmersiones, los lavatorios, con el auxilio de jabones y aun de vinagres, nos darán un cuerpo resistente y ágil. El agua tiene la virtud de disipar todo cansancio, de destruir toda enfermedad naciente, y proporcionando la limpieza á nuestro cuerpo, nos hace el alma más pura.

«Espíritu sano en cuerpo sano.»

B. S.

LA ALIANZA FRANCESA

Publicamos con gusto la circular que el Sr. F. Waltz, presidente de la sucursal de esa sociedad en Caracas, nos remite. Es como sigue:

«*Servicio gratuito de informes relativo á la enseñanza de la lengua francesa en las Colonias y en el extranjero.*

«Este nuevo servicio, propuesto por el Secretario General, y establecido por el Consejo de Administración, está exclusivamente reservado á los miembros de la Alianza Francesa. Las personas que desearen aprovecharse de él y que no fueren miembros de la sociedad deberán enviarnos préviamente su adhesión.

He aquí en qué consiste este servicio.

Por una parte hay muchos jóvenes franceses y francesas que desean obtener en las colonias y en el extranjero empleos de *profesores públicos* de institutrices, ya en las escuelas públicas ó particulares, ya en las familias.

Por otra parte muchos colegios, escuelas para niños y niñas, y algunas veces simples particulares establecidos en las colonias y en el extranjero, se han dirigido á la Alianza en solicitud de profesores, institutores é institutrices de la lengua francesa.

Hasta hoy el crecido número de asuntos que se presentan diariamente en las oficinas de la Alianza no habían permitido á ésta ocuparse activamente de estos *ofrecimientos* y *solicitudes*. No podía ocuparse sino de aquellos que interesaban directamente á sus propias escuelas ó á las escuelas que ella subvenciona.

Sin embargo, era esta una indicación preciosa que seguir, una doble necesidad que satisfacer. La oficina que hoy establecemos responde á un interés patriótico muy importante. No puede ser en efecto indiferente al honor de la Francia el que *cualquiera* vaya al extranjero á enseñar la lengua nacional. De ahora en adelante sabrá el público que es posible encontrar entre nosotros profesores de francés que ofrecen las *más sérias garantías de moralidad y de saber*. Cada solicitud de empleo será examinada con benévola imparcialidad y con el mayor cuidado, y no se aceptará ninguna candidatura que no parezca digna de entera confianza. Asimismo se *investigarán severamente* las ofertas de empleos, y los jóvenes que estén dispuestos á expatriarse hallarán en nuestras oficinas informes obtenidos en las mejores fuentes. Se pondrán á su disposición modelos de contratos, y los que se firmaren serán, si así lo desearen, refrendados por el Secretario General ó por su representante.

En fin, el nuevo sistema promete no ser inútil á la prosperidad de la Sociedad misma, pues es de esperarse que aquellos á quienes la alianza haya servido se hagan amigos suyos, y que, siquiera por un sentimiento de gratitud contribuirán á su progreso.

Las personas que desearen aprovechar nuestro servicio gratuito de informes se servirán dirigir su correspondencia al Secretario General ó presentarse á las oficinas de la Alianza Francesa número 27, rue Saint Guillaume, París, en cualquier día de la semana menos los domingos, de las 2 á las 4 de la tarde.»

EL EUCALIPTUS

Hace algunos años, visitaba yo las costas del Mediterráneo, y me llamó la atención un árbol esbelto, de porte majestuoso, de emanaciones balsámicas. Tomé informes: era el eucaliptus. Me procuré algunas semillas y hoy poseo unos veinte arbustos de cuatro años, de más de doce metros de altura.

En 1792, durante el viaje ordenado por la Asamblea Nacional, en solicitud de los restos de la expedición La Pérouse, el sabio La Billardière descubrió el eucaliptus en las costas de la Tasmania. Fué cultivado por primera vez en Francia en los invernaderos de la Malmaison, pero hasta 1860 apenas era conocido sino de nombre. En esta época M. Ramel, después de haber visitado el Jardín Botánico de Melbourne, atrajo la atención pública sobre este magnífico árbol que le había sido dado admirar en todo su esplendor. Los habitantes de los países del Norte que vienen á buscar calor bajo los tibios rayos del bello sol de la Provenza, pueden pues, en medio del encantador espectáculo que presenta una naturaleza siempre sonriente, debido á su perpetua primavera, admirar, gracias á las semillas que él envió de la Australia, al más maravilloso de los árboles exóticos. Maravilloso, por la rapidez de su crecimiento, las proporciones gigantescas que alcanza, y por la graciosa diversidad de formas de su ramazón y follaje.

Los primeros ensayos de cultivo al aire libre fueron intentados por primera vez en Hyères. Alfonzo Karr, era dueño de uno espléndido en su Jardín de San Rafael; lo había plantado él mismo y al cabo de seis años alcanzaba ya á la altura de 20 metros, por dos de circunferencia. Los Jardines de las innumerables "villas" que se extienden desde Cannes y el golfo Juan hasta Antibes, Niza, y Menton, están poblados de eucaliptus. El clima algo húmedo de la Bretaña, le es por demás favorable. En los terrenos balsáticos ó graníticos, este árbol gigante se desarrollará en Europa, con condiciones iguales y tan vetustas como en Australia. El *Glóbulus* el principal de su género, alcanza facilmente 150 metros de altura sobre 7 á 8 de diámetro. Son estas las mayores dimensiones que se hayan comprobado hasta ahora, en la familia vegetal, entre las innumerables especies que pueblan las selvas del mundo entero.

La industria utiliza la corteza del eucaliptus para diferentes usos. Se emplea para la curtiembre pues que contiene 8% de tanino. Las fibras de su corteza sirven para tejer esteras, cuerdas, papel secante, papel de embalage y filtros y se extrae de ella además, una sustancia resinosa, cuyo producto por la destilación, es conocido bajo el nombre de Nafta vegetal.

En la Australia, las flores del eucaliptus son las preferidas de la abeja negra. Un naturalista francés, el Dr. Guilmerh, explorando en 1884 selvas pobladas de eucaliptus, apercibió en uno de estos árboles y á una altura de 80 metros, una especie de choza gigantesca alrededor de la cual zumbaban millares de abejas negras. Deseoso de apoderarse de ella hizo derribar el árbol. La colmena no pesaba menos de 4.500 kilógramos brutos y contenía 3.500 kilógramos de una excelente miel natural de eucaliptus.

Por la destilación se obtiene de las flores frescas del eucaliptus excelente esencia que recuerda por su fragancia la menta, el limón, el vetiver, y utilizable por los perfumistas, los fabricantes de elíxir y los licoristas. Se emplea también para el alumbrado y su llama brillante no produce ni olor ni humo.

***

Desde hace años, varios médicos han comprobado numerosos casos en los cuales la infusión de hojas de eucaliptus han triunfado de fiebres tenaces que la quinina no había logrado desterrar. La emanación aromática de las selvas de eucaliptus salubrifican los lugares pantanosos y neutralizan sus miasmas enfermizos; á la poderosa succión de sus raíces que desecan todo el terreno á su alrededor debe añadirse su poder respiratorio de una actividad sin igual. Sus hojas acribilladas de *stomates* (350 en un milímetro cuadrado) constituyen un aparato respiratorio tan admirablemente organizado, que se comprende que árboles de vegetación tan enérgica deben ejercer grande influencia sobre la atmósfera que los rodea. Además esta succión de las raíces equivale *drainage* y por tanto la siembra de estos árboles constituye á la vez un excelente negocio y una gran economía para los dueños de terrenos húmedos ó pantanosos.

El eucaliptus produce excelente maderamen de construcción de carretería y de carpintería: se utilizan para postes de telégrafos, traviesas de caminos de hierro, estacas para puentes. Sumergidos en el agua se hacen incorruptibles. Su densidad es mayor que la del roble más pesado. El aceite que contiene, activa su combustión y por tanto su poder calórico es muy elevado. En 1863 un solo pie de eucaliptus globulus cuyo tronco medía 97 metros de altura y cuyas primeras ramas sólo partían á los 63 metros, fué derribado en Hobart-Town y vendido por Fr. 6.140.

En 1862, en la Exposición de Londres, se exhibieron dos enormes troncos de eucaliptus, y tablas sacadas de ellos, que medían 28 metros de largo por 8 m. 50 de ancho y 0.88 de espesor. Otra tabla que no media menos de 51 metros de largo no había podido ser mandada, por falta de embarcación bastante larga para traerla.

Nada mejor que la decocción de la madera de eucaliptus, cortada en láminas delgadas, para limpiar las calderas de vapor y destruír las incrustaciones calcáreas que se forman en sus paredes interiores. Se usa también para hacer prensas y ruedas de engranage. Su corteza se emplea para la fabricación del papel y sirven para curtir las pieles.

***

Las semillas de eucaliptus, cosechadas en el otoño deben ser sembradas en el mes de marzo y conviene hacerlo en potes que se llenen de arena hasta una quinta parte, para asegurar una perfecta permeabilidad, llenando el resto del pote con tierra ligera pero sustanciosa. La semilla se siembra cubriéndola ligeramente de tierra. Al trasplantarlas en tierra firme deben regarse copiosamente y resguardar cuidadosamente del viento las plantas jóvenes.

La introducción del eucaliptus en Francia, y su cultivo en todas las latitudes quedará como una de las experiencias agrícolas más notables y útiles, de este siglo; y sin duda una de las que tendrán más imitadores en el porvenir. Inducimos á todos los propietarios de campos á sembrar el eucaliptus en sus terrenos. El eucaliptus es sin duda el árbol del siglo XX!

MAURICE LECESNE.

(*Traducido La Nature para* EL COJO ILUSTRADO).

MNEMOTECNICA

Hacemos constar con verdadera satisfacción la favorable acogida que ha tenido entre los lectores de EL COJO ILUSTRADO el útil y agradable entretenimiento propuesto por nosotros en el número anterior de este periódico.

Varias son la soluciones que se nos han enviado de nuestros dos problemas, y en cuanto á la explicación de la frase

Nace colosal figura americana

todas están acordes (y no podía suceder de otro modo) en que ella expresa el año de 1783, nacimiento del Libertador Simón Bolívar.

En cuanto á la fecha de la llegada de Colón á la costa de Pária 1598, he aquí las frases que se nos han remitido:

Colón regresa y en Paria fondea.
Descubre ricos pueblos venezolanos.
Aquí ricas perlas vieron.
Pária! Región primogénita de Venezuela.
Colón arriba al país venezolano.
Descubrió con rixa á Pária felizmente.
Nuevos Argonautas á Pária vinieron.
Colón reconoce playas de Venezuela.

Como se vé, hay bastante variedad para escoger cada cual la que más sea de su agrado.

Hoy proponemos:

El año de 1571, fecha de la Batalla de Lepanto.

Y la frase:

Otro rodea, prosiguiendo, el Cabo.

Al estimable señor que firma Luis Felipe agradecemos muchísimo su fina esquelita y nos complacemos en saberle tan aficionado á este género de ejercicios. Esperamos nos dispense no cambiar el título de Mnemotécnica por el de Mnemónica que él propone, porque á la verdad, estas dos palabras vienen diciendo lo mismo, y la primera tiene en cierto modo el derecho de prelación, por haber sido la con que hemos empezado. Usaremos sin embargo la palabro *mnemónica*, al ofrecerse el caso, como adjetivo, y diremos, por ejemplo, *frase mnemónica*, *palabra mnemónica*, *etc.*

Agradecemos siempre las observaciones y los consejos con que se nos obsequie en el interés de esta sección; como también que al resolver las frases propuestas por nosotros se nos remitan otras que expresen lo mismo de otro modo.

Como se comprenderá, en este último caso tenemos que buscar frases cuyo significado no sea tan obvio, que se descubra á primera vista; de otro modo sería inútil proponerlas. Pero esto es contrario al espíritu de la mnemotécnica, cuyas frases tanto mayor mérito tienen, cuanto sean más sencillas y expresen con mayor naturalidad lo que deben expresar.

RUGIL

LA PERRA DE PARRA

Demandante.—Señor alcalde, aquí estoy
A poner una demanda.
Pido que me escuche atento
Y pronto justicia me haga.

Alcalde. Diga usted, mi buen amigo,
Primero cómo se llama?

Demnte. —Bastará mi solo nombre. . . .
Me llamo Porras de Parra.

Alcalde. Diga pues, señor de Porras,
Y de Parras la demanda?

Demnte. [á prisa]
Que Parra tenía una perra,
Y Guerra tenía una parra
Y vino la perra de Parra
Y mojó la parra de Guerra,

Alcalde. Repítamelo despacio
Para ver eso en qué para.
Yo quiero ver para qué
Me he quemado las pestañas.
Dice usted tenía la perra
Que fué, y se mojó la parra. . . .

Demnte. [más ligero]
Que Parra tenía una perra
Y Guerra tenía una parra
Y vino la perra de Parra
Mojó la parra de Guerra.
Y Guerra cogió una porra
Y dió con ella un porrazo
De Porras Parra á la perra,
Que mojó Parra de Guerra.

Alcalde. Párese un poco mi amigo,
Ya viene usted con la porra
A embrollar la perra á parra.

Demnte. —Señor, la perra es de Parra
La porra la coge Guerra
La perra mojó la parra
Con la porra da á la perra
De Parra un porrazo Guerra.

Alcalde. [con calma]
Voy á estudiar con despacio
El asunto de la perra. . . .
Hay, Perra, Porras y Parras
Y parras secas de perra
La parra es de Parra y Porras
La porra será de perra. . . .

Demnte. —Válgame yo! señor Juez. . . .

Alcalde. Váyase pronto á la porra
Con su parra y con su perra
Porque si cojo una porra
Le mato la perra á Guerra
Aunque Parra, Guerra y Porras
Mójen la parra y la perra.
Coja el portante, señor Porras
Antes que le haga la guerra.

LOS POR QUÉ
DE LA SEÑORITA SUSANA

POR

EMILE DESBEAUX

Continuación

CAPITULO IX

LA VÍSPERA DE AÑO NUEVO

Con un invierno espantoso, habíamos llegado al día treinta y uno de diciembre.

Aquel día la señora mandó enganchar y salió con Susanita.

El objeto de la salida era hacer compras para las amigas de la madre y las amiguitas de la hija.

Recorrieron muchos almacenes y tiendas en gran número, buscando objetos de arte, curiosidades, muebles, y juguetes; las confiterías no fueron olvidadas.

En los grandes establecimientos brillantes de oro y cristal, con sus mostradores y sus escaparates llenos de bombones y de dulces multiformes y multicolores, con sus cucuruchos de papel satinado atados con cintas rosadas, verdes ó azules, con sus floreros conteniendo flores naturales en torno de la cajera, en medio del vaivén no interrumpido de mozos que salían con los encargos, de señoras que entraban, de caballeros que escogían, compraban, daban sus señas, pagaban y salían, nuestra Susanita no perdía el tiempo.

A ella se acercaban sucesivamente las jóvenes empleadas, para ofrecerle confites que debían ser buenos, pues la niña no ponía dificultad en admitirlos y en saborearlos.

Ocupada la mamá en sus compras, no podía conceder mucha atención á la niña; por eso la muy golosa comió más golosinas de lo que era razonable.

Apenas se interrumpió un minuto en operación tan agradable, para murmurar:

—¿Por qué será tan bueno todo esto?

Le contestaron:

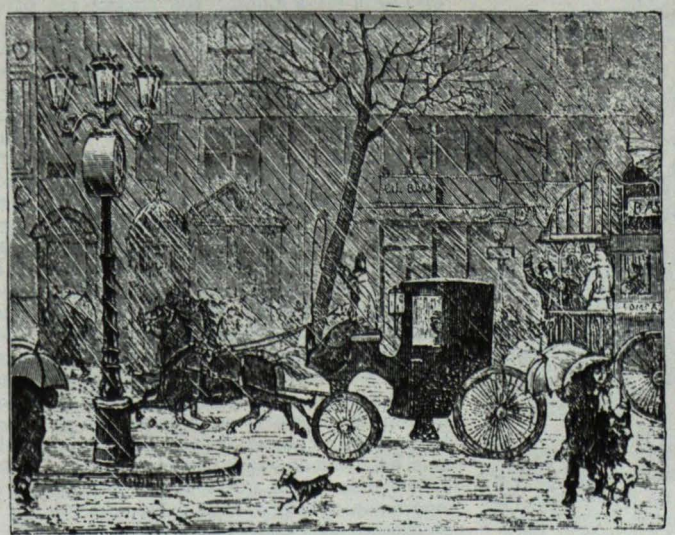
—Porque está hecho con azúcar.

Y como ella sabía que el azúcar es muy bueno, creyó inútil volver á preguntar.

Entre tanto la mamá, terminadas sus compras, llamó á Susanita y subió al coche con ella.

No bien llegaron á la esquina del *boulevard* de Capuchinos y plaza de la Opera, cuando empezó á llover de una manera torrencial.

Susanita, muy abrigada en su cupé, con el calorífero á los pies, veía como los transeuntes se precipitaban, se empujaban, se cubrían con sus paraguas ó se refugiaban en los cafés y zaguanes; los cocheros, chorreando agua, se levantaban los cuellos de sus capotes; los viajeros



bajaban á toda prisa de las imperiales de los ómnibus; un perro perdido corría olfateando por el borde de la acera.

—¡Pobres gentes! dijo Susanita con un sentimiento real de compasión.

Y agregó después:

—¿Cómo van á hacer para secarse?

—Pondrán sus ropas al fuego, le dijo su mamá.

—¿De veras? ¿Y por qué el fuego ha de secarlas?

—Porque el calor del fuego convertirá el agua que las moja en vapores que se irán.

—¿Convertidos en nubes?

—Sí.

—¿Y si no tienen fuego?

—En ese caso el aire que las rodea, siendo más caliente y seco que sus ropas, hará lo mismo que el fuego, pero con más lentitud.

—Lo cual no impedirá que muchos de esos pobres se resfríen. Oye, mamá, ¿por qué uno se resfría cuando está mojado?

—¿Por qué? Porque la transformación del agua en vapor, en una palabra la evaporación, roba al cuerpo cierta cantidad de calor que necesita; y esa pérdida de calor basta para resfriar á una persona ó para causarle otra indisposición cualquiera.

Susanita calló un momento, y luego dijo:

—Mamá, ¿por qué se celebra el día de Año nuevo?

—Porque los que han sido desgraciados en el año que concluye, esperan ser felices en el año que empieza; porque los que han padecido quebrantos de salud esperan recobrarla totalmente; porque los viejos se alegran de haber vivido un año más; y en fin, añadió la madre mirando á su pequeñuela, porque los niños son agasajados en todos los países del mundo.

En aquel momento llegaba el coche al patio del hotel. Susanita subió corriendo á su alcoba; pero al pasar junto á la ventana de la sala, que daba sobre el balcón, oyó súbitamente unas voces conocidas.

La niña se detuvo.

A decir verdad, las tales voces eran más bien alaridos, gemidos y lamentos que nada tenían de humano.

Sin embargo, Susanita reconoce bien aquellos gritos. Palidece, escucha de que parte proceden, corre á la ventana, levanta las cortinas y da á su vez un grito de dolor.

¿Qué ha visto, pues?

Dos pobres animalitos, dos amigos suyos; Microbio, que es un gatito muy manso, y Azmir, un lindo perro que han traído para ella desde Petersburgo.

Sin duda habían quedado en el balcón por olvido ó negligencia de la criada, que al cerrar las ventanas no los habría visto, y allí estaban mojados, chorreando agua y tiritando de frío.

Al ver á su amita, á quien reconocen al momento, levantan hacia ella sus ojos suplicantes.

Al grito de Susanita había acudido la niñera. Los pobres animalitos entraron.

Susanita se los llevó consigo y los hizo echarse inmediatos á la chimenea.

Azmir se sacudía, Microbio se pasaba una pata por detrás de las orejas. Los dos se calentaban.

Y la niña, que no olvidaba jamás las lecciones recibidas, murmuraba viendo el espeso vapor que envolvía á los animales:

—¡Eso es la evaporación!

CAPITULO X

EL CORAZÓN DE SUSANITA

Pudiera creerse que la historia de la digestión, así como también la de la sangre, ambas comprendidas por Susanita, la habrían convencido de que no debía tomar entre comidas golosinas de ninguna clase.

En efecto, por algunos días almorzó y comió con regularidad; pero la tarde en que visitó las confiterías, debemos confesar ingenuamente que no tenía motivo para tener hambre.

Los dulces que había tomado le habían quitado el apetito.

Continuará

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

—¿Pero, señor, si no recuerdo mal, creo que Vd. me dijo que se había desentendido de ella para ofrecer su mano á Margarita?

—Así pasó; dijo riendo alegremente, y lo mismo ha hecho ahora Felipe.

—Bien, Sr. Motley, ¿cree Vd. que su orgullo la permitirá aceptar la mano de Vd. después de lo sucedido?

Motley prorrumpió en una carcajada.

—¡Vaya! ¡vaya! dijo—ella y su madre apenas cuentan con una entrada de doscientas libras esterlinas al año, y la muchacha tiene ya sus veinte y seis Abriles. De consiguiente, guardará su orgullo en el bolsillo, estará muy contenta y se dará por muy bien servida si le hago la oferta.

Recordé lo que me había dicho cuando hablábamos del superintendente: "Las personas que necesitan dinero se someten á todo."

Pocos días después de esta conversación Motley nos dijo que se casaría con la Srta. Borrodale á principios de Agosto, pidiendo á Felipe que fuese su padrino é invitándonos á todos á la boda.

Ya se puede imaginar lo que las muchachas hablarían cuando partió Motley.

—¡Será curioso verla aceptar á Motley después de todo lo que ha dicho de él! ¿No te acuerdas, Juana, cuando esa detestable mujer nos preguntó si á Margarita la habían fascinado las dotes intelectuales de Motley ó su hermosura física?

—Sí; y ¿no recuerdas la manera satírica con que le dió el parabién, delante de todo el mundo, por haber sabido conquistar el *corazón* de tan bella señorita?

—¿Y luego su declaración, casi pública, de que ella misma había rechazado su mano?

—Sí; y su insinuación de que si ella quisiera podría casarse con Felipe.

—Y después de tanto y tanto hablar, al fin y al cabo concluir por casarse con Motley, á las seis semanas de haberse desbaratado el proyectado casamiento con Margarita. ¡Qué terrible humillación!

—¿Por qué no demoró su casamiento unos cuantos meses hasta que sus sarcasmos se hubieran olvidado?

—Tal vez Motley no se lo permitiría, observó Cecilia;—y yo creo que había conjeturado la verdad.

Permanecimos en silencio algunos momentos, pensando en este extraño cambio, y entonces dijo Margarita:

—¡Oh! ¡cómo va á odiarme!

Todos convinimos en ello.

—Bueno: no creo que ahora tenga Motley mucha prisa en que se concluya tu retrato, dijo Potter.

—¡Oh! ¡por supuesto que no! No es posible que quiera ofender á su esposa haciéndola constantemente recordar la que le fué preferida.

Todos convinimos también en ello; aunque nos equivocamos de medio á medio, porque á los pocos días Motley se presentó en casa de Potter cuando todos estaban ausentes, se llevó el retrato á medio hacer, y dejó en el caballete una orden de pago de cien libras esterlinas.

Si hubiera sido un hombre rencoroso que deseaba vengarse de la Srta. Borrodale por sus sarcasmos con motivo de su proyectado casamiento con Margarita, no podría haber adoptado un medio más seguro de conseguirlo.

—

CAPITULO VIII

El casamiento de Motley fué para Felipe lo mismo que para Margarita motivo de gran satisfacción, porque hacía desaparecer cierto malestar y cierta reserva que eran resultado natural de los sucesos anteriores. Ahora se hallaban en completa libertad de casarse. Parecía como si Motley, con su generosidad de costumbre, hubiese querido allanar todos los obstáculos que se oponían á la felicidad de los novios.

Estos eran muy felices. Margarita, en otros tiempos, había coqueteado indudablemente mucho; había sido frívola é inconstante, pero no había experimentado un verdadero y profundo amor hasta que conoció á Felipe Harlowe. Este había logrado conmover las fibras ocultas de su corazón; y todo el amor que en él yacía como dormido se puso en actividad, conociendo ella entonces, por primera vez, que el amor es un sentimiento grande y serio que no admite inconstancia ni ligereza.

Como tenía conciencia de que Felipe podría haberse casado con una mujer cuya posición en la sociedad hubiera sido muy superior á la suya, estaba ansiosa de crearse, á toda costa, una posición que no tuviera nada que envidiar á la de la futura esposa de Motley. No debería decirse que Felipe, al casarse con ella, prefiriéndola á la Srta. Borrodale, había perdido desde el punto de vista social. Esto fué el origen de las locuras que más tarde atrajeron tantos infortunios sobre ella y su esposa. Tal vez era digna de censura; pero Margarita, sin defectos, no habría sido la Margarita que conquistó el corazón de Felipe Harlowe y el de tantos otros.

Puede decirse que Margarita no apartaba sus ojos de la Srta. Borrodale, ó Elena Borrodale, para llamarla por su nombre, estando pendiente de todo lo que hacía. Motley alquiló una casa en la Plaza Eaton cuando Felipe y Margarita empezaban á buscar habitación para su futura morada. Margarita fijó sus deseos en una casa en South Kensington, cuyo alquiler era doble de lo que pagaba Motley, sin que por eso fuera mejor. Motley compró sus muebles y demás necesario en un establecimiento de primera clase; pero Margarita fué al más lujoso de la ciudad, y le dió carta blanca al amueblador para que le arreglara su morada á la última moda y lo más artísticamente posible. El costo de esto equivalía á una pequeña fortuna.

Motley se casó con Elena Borrodale en Agosto. Pasaron la luna de miel en el Continente y volvieron en tiempo para asistir á la boda de Felipe y Margarita. Motley regaló á la novia un magnífico aderezo de diamantes que había traído de París. Era más hermoso que ninguna de las joyas y prendas de su misma esposa, y ésta debería haber sido algo más que una simple mortal para ver con complacencia un regalo semejante hecho á su rival.

Felipe y Margarita fueron á Noruega á pasar seis semanas. Pocos días después de su regreso los ví en una comida dada por los Motley en su casa de la Plaza Eaton. Mis amigos me parecieron más hermosos y felices que nunca, llenos de vida y animación. Había allí presentes muchas personas que Margarita veía entonces por primera vez, pero no demostró ninguna perplegidad y conversaba con una gracia y despejo que nos parecían en extremo notables á la pobre Juana, á Cecilia y á mí, que constantemente pensábamos que estas damas y estos caballeros probablemente se avergonzarían de que se les viera asociarse con nosotros que éramos unos pobres diablos. Pero Margarita no experimentaba ese penoso sentimiento: antes que todo, porque la estimación en que ella misma se tenía había aumentado considerablemente al ver que Felipe Harlowe la había escogido por esposa de preferencia á todas las otras. Poseía además una excelente memoria que, unida á la viveza de su inteligencia, á su buen gusto natural y á cierto ingenio y chispa femeninos, la convertían en persona de brillante conversación. Y como tenía la rara habilidad de hacer hablar á los otros y ponerlos en la vía de que dijeran cosas buenas y oportunas, agradaba hasta á los más morosos y suspicaces, dejándolos satisfechos de sí mismos.

—¡Qué mujer tan encantadora! oía yo de todos lados. Los rostros estaban llenos de animación y había un constante murmullo de voces á la extremidad de la mesa donde ella estaba, resonando de vez en cuando la ruidosa risa de Motley. Daba gusto ver á todos contemplarla con risueño semblante mientras hablaba, pero más que todo me causaba placer su esposo que tenía fijas en ella las miradas que rebosaban contento y admiración.

Al otro extremo de la mesa, donde estaba la esposa de Motley, la escena era muy diferente. Allí reinaba una calma terrible. Las damas y los caballeros hacían todos los esfuerzos posibles para sostener una conversación entre ellos, independiente de la que había en el extremo opuesto. Oí á un caballero referir una anécdota, pero nadie se rió y hasta hubo quien dijo que ya la había oído. Después de este fiasco, nadie se atrevió á referir otra anécdota, y lo único que oí fueron frases sueltas, meras preguntas y respuestas. El silencio se fué volviendo más profundo, y las miradas se dirigían al otro extremo de la mesa para ver que era lo que tanto nos entretenía.

Realmente era esto demasiado para la esposa de Motley. No hizo, sin embargo, ninguna tentativa de agradar á los demás, pues ella siempre esperaba que se tratara de complacerla. Afectaba un aire sentimental, que era precisamente lo opuesto al carácter franco, alegre y vivo de Margarita. Le parecía imposible condescender en reirse, y cuando contaron la anécdota á que me he referido, y quiso sonreir de pura complacencia, lo más que pudo hacer fué un ligero movimiento de los labios. Afectaba cierta indiferencia en todo y por todo, un desdén por las emociones de toda clase, lo que volvía aun más solemnes y silenciosos á los que la rodeaban: porque ¿quien puede decir algo brillante ó agradable á una persona que pretende no interesarse por nada? Su esposo nunca le dirigió una mirada, excepto cuando le preguntaba que era lo que pasaba en aquella extremidad de la mesa donde todo el mundo estaba silencioso. Por toda respuesta Elena arqueaba las cejas y se encogía de hombros con una expresión de disgusto en el rostro que pudiera dirigirse á él ó al mundo entero. De nuevo, ¡qué contraste! Cuando Margarita descubrió que su marido la contemplaba, su conversación casi cesó, sus ojos brillaron llenos de amor, y sus mejillas se tiñeron de un suave carmín.

Su triunfo continuó en el salón donde su retrato, en magnífico marco, ocupaba un lugar prominente. Tengo, sin embargo, la seguridad de que ella no abrigaba el menor deseo de humillar á su rival menos afortunada; era demasiado generosa para ello. Más diré creo que ya no la consideraba realmente una rival. Trató de oscurecerse ella misma en cierto modo para que la esposa de Motley recibiese más atenciones de los circunstantes. Se sentó muy cerca de Elena, y permaneció de propósito silenciosa durante algún tiempo, y trató luego de hacerla tomar parte en la conversación; pero todo fué inútil. La señora de Motley no quiso responder á estas cariñosas demostraciones; se encastilló en la afectada indiferencia que había manifestado durante la comida; se levantó tan pronto como pudo hacerlo sin que pareciera una grosería, y cambió de asiento. Entonces Margarita, viendo que eran inútiles sus esfuerzos, se entregó á la alegría que le era natural. No fué culpa suya si oscureció á la señora de Motley por su belleza y vivacidad de espíritu: era feliz y no podía menos que ser agradable y fascinadora.

La señora de Motley se sentó aparte con su madre y dos señoras que parecían dos damas del gran mundo, y allí permanecieron el resto de la noche. Y en verdad que eran dignas de compasión, porque nadie puede padecer una tortura tan intensa como las personas que tienen roído el corazón por la envidia y el odio. Al contemplar á Elena con sus ojos medio cerrados y la expresión de mala voluntad que en ellos se revelaba y al fijar después la vista en el retrato de Margarita, me parecía ver á la esposa de Motley que, en medio de la noche, cuando todos dormían, entraba en el salón para despedazar con las manos el lienzo donde estaba representada la imagen de su odiada rival.

Pocos días después de la comida dada por Motley, visité á Margarita en su nueva morada en Kensington. La magnificencia de la casa era sorprendente. Creí que tanto lujo acabaría por trastornar la cabeza de una persona tan ligera como ella; y así fué en efecto, aunque su corazón no había experimentado cambio alguno. Se hallaba en la sala rodeada de personas elegantes, amigos de su esposo que hacían su visita

Continuará